



Universidad
Zaragoza

Trabajo Final de Grado

Historia del Imperio Otomano: la crisis del sultanato en el contexto de la globalización. Siglos XVI-XVIII.

Autor: Carlos Miravalles García

Director: Jesús Gascón Pérez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
AÑO: 2021-2022

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es el acercamiento al conocimiento mediante la síntesis de los principales rasgos que configuraron al Imperio Otomano, que una vez dominó el panorama internacional, centrándose en los siglos XVI, XVII y XVIII, asistiendo al céñit del poderío de la máquina de guerra del Imperio de La Sublime Puerta y prestando atención a los factores económico-sociales y políticos que son la causa de esa dinámica de declive que se acentúa en el imperio de los sultanes a medida que nos vamos adentrando en el periodo de la Edad Moderna, sin olvidar por supuesto, los orígenes que lo consolidarán y el análisis del cuerpo social, de su vida cotidiana y aspectos culturales, que constituía esas estructuras de poder, ni de las reformas encabezadas para amortiguar o superar los periodos de crisis.

Palabras clave: Céñit, factores económico-sociales, dinámica de declive, cuerpo social, estructuras de poder.

ABSTRACT

The target of this work is the approach to knowledge through synthesis of the main features that shaped the Ottoman Empire, focusing on the sixteenth, seventeenth and eighteenth centuries, witnessing the zenith of the power of this political war machine, paying attention to the economic-social and political factors that are the cause of that dynamic of decline accentuated in the empire of the sultans as we go deeper into the period of the Modern Ages, without forgetting the origins that will consolidate it and the analysis of the social body, its daily life and cultural aspects, which constituted these power structures, nor the reforms led to cushion or overcome periods of crisis.

Key words: Zenith, socio-economic factors, dynamics of decline, social body, power structures.

ÍNDICE

1. Introducción.....	5
- Estado de la cuestión.....	5
- La historicidad del Imperio Otomano en los Balcanes después de la IIGM.....	6
2. El origen de los pueblos turcos en Anatolia y el ascenso otomano.....	11
2.1. El primer soberano otomano y la transición de la estructura política tribal al imperio.....	11
2.2. La hegemonía otomana: campañas militares y superioridad naval.....	14
2.3. El céñit del poderío de los sultanes: Solimán I y Selim II; la aparición de figuras alternativas de poder.....	17
3. Siglo XVII. Decadencia interna y pérdida de la hegemonía internacional.....	19
5.1. El reinado de Murad III.....	19
5.2. El estancamiento económico.....	22
4. El periodo de reformas (XVII-XVIII) y cambios en las fronteras del imperio.....	25
4.1. Religiosidad oficial y popular: ante sala de las primeras reformas.....	25
4.2. Osmán II; la vuelta a los orígenes del imperio, primeros intentos de reforma del ejército y del sistema recaudatorio de impuestos.....	29
4.3. Murad IV.....	30
4.4. Ahmed III y Mahmud I; final del aislacionismo e inicio del aperturismo político- cultural con Occidente.....	31
4.5. La “fiebre” del tulipán.....	34

5. Sociedad y Economía.....	35
7.1. Privilegiados, no privilegiados y meritocracia.....	35
7.3. Población urbana y rural.....	37
7.4. Rutas comerciales a lo largo de los siglos XV-XVIII.....	40
7.5. El “vakif”	45
7.6. La educación; difusión de la ciencia y la cultura.....	46
7.7. Conductas en relación al sexo.....	48
 Conclusiones.....	49
 Bibliografía.....	52

ESTADO DE LA CUESTIÓN

Los estudios del Imperio Otomano partieron de la teoría del “Estado Ghazi”, elaborada por el historiador Paul Wittek en el siglo XX, quien partía del presupuesto de que lo único que había llevado a los turcomanos a expandirse fue la *yihad* o la lucha contra el no musulmán siendo los otomanos autoconcebidos según él como la interpretación dominante hasta 1980, cuando surgieron los primeros críticos frente a este postulado, rechazando casi por completo a día de hoy el planteamiento de este historiador por ser excesivamente esquemático y simplificador sobre un fenómeno que fue mucho más complejo de lo que él da a conocer, aunque los historiadores del presente no logran llegar a un consenso sobre una hipótesis que termine de sustituir a la primera, principalmente porque se han encontrado con la dificultad de la ausencia de fuentes escritas del S.XIV, momento en el que se remontaban los orígenes del imperio

Según esta teorización, tanto Paul Wittek como el otomanista turco Fuat Kröprülü defienden el papel edificante de las tribus turcas del surgimiento de la estructura estatal del Imperio Otomano, nombrando como primer soberano y líder tribal a Osmán I, cuyos herederos darían paso a la estructura imperial, contradiciendo a quienes negaban la presencia de la rama dinástica turca-osmanlí en el futuro aparato estatal.

Lo que ha decantado la selección de este tema y la elaboración de dicho trabajo ha sido la voluntad de adquirir conocimientos más amplios sobre una estructura política, que a mi juicio, no se le presta la debida atención en el Grado de Historia en línea con la relevancia histórica que tuvo hasta la contemporaneidad, así como la intención de divulgar y de acumular un mayor contenido de publicaciones sobre el asunto en la lengua castellana, dadas las ciertas dificultades con las que me he encontrado para hallar dichas obras que únicamente se encuentran en gran medida en las lenguas inglesa y francesa como ejemplifican turcólogos como Jason Goodwin y Dimitri Kitsikis, respectivamente. Los autores españoles por excelencia que abordan esta temática y en cuyas contribuciones me he basado a partir de sus obras para la realización de este estudio han sido Miguel Ángel Extremera Extremera y Miguel Ángel de Bunes Ibarra, con un claro mayor peso de las aportaciones del primero en el desarrollo de este trabajo.

La historicidad del Imperio Otomano en los Balcanes después de la IIGM

La historia del Imperio Otomano ha sido tan extensa en el tiempo como denostada por los nacionalismos, sobre todo porque ha tenido tal repercusión en los países contemporáneos que entonces pertenecían a ese conglomerado multicultural y multiétnico, que estos mismos consideraron en su historiografía nacional, al imperio de La Sublime Puerta, como un fenómeno anómalo; un desvarío en la historia de los países balcánicos que supuso una “interrupción del desarrollo natural” hasta el punto de que la presencia de los otomanos es interpretada como una involución histórica hasta la llegada de las revoluciones liberales que libraron a Europa del “yugo” de los sultanes.

Esas revoluciones tienen un impacto aún mayor si tenemos en cuenta como los ideales de libertad del siglo XIX quedarán impregnados, especialmente en el caso de Grecia, de ese Romanticismo literario, cuyo adalid y mártir será el autor británico Lord Byron, quién ayudará a desarrollar todavía más, esa creencia de que esas regiones de los Balcanes estaban siendo sometidas por un poder militar extranjero que había excluido a los locales de la participación de las instituciones y de los beneficios económicos que dicha presencia aportaba a las arcas del sultán, sobre todo si tenemos como ejemplo el comercio, lo que hará que en el conjunto de la población se despierte una aparente necesidad de constituir sus propias instituciones autónomas como respuesta a esa exclusión política y social.

Si nos adentramos a analizar la causalidad de esa exclusión que ha sido desde los relatos nacionalistas de los países balcánicos más que subrayada, alegando a episodios históricos concretos, encontramos muchas veces que los mismos convergen en la idea de la incapacidad de las estructuras políticas del Imperio Otomano de democratizarse y adaptarse a ese contexto del auge de libertades que se respiraba en la Europa Occidental, cuyos máximos exponentes de dichos idearios eran sobre todo Francia, por su pasado revolucionario, y por la tradición parlamentarista de Gran Bretaña, que habían puesto sobre la mesa la necesidad de incluir en la participación política a las masas, cuyas demandas habían sido tradicionalmente desechadas. Es decir, el sufragio censitario o las prácticas residuales del absolutismo reformista eran insuficientes y solo cabía a ojos de esos nacionalistas balcánicos la inclusión en un sistema que realmente los representase y permitiera la configuración de autogobiernos que desde las élites del imperio otomano, incluyendo a los sultanes, se censuraron en más de una ocasión con una represión brutal a veces dirigida contra minorías étnicas, culminando en los genocidios modernos que han sido dados a conocer a la sociedad bajo esas premisas nacionalistas que desdibujan en

función de los intereses políticos, la causalidad de los mismos y que son retroalimentadas desde nuestro presente. En este sentido, es común a esos nacionalismos de los Balcanes la constante alusión a los genocidios armenio (1915-1923) y griego (1914-1923) perpetrados desde las altas cúpulas del imperio de La Sublime Puerta, para ejemplificar el motivo que legitimó a esos movimientos político-regionales a erigirse contra ese poder dominante autoritario, aparentemente sin voluntad de cambio alguna, y por supuesto a ojos de estos, sin políticas que auguraran la llegada del liberalismo, como sucedió en Europa, a la sociedad turca (menos aún al aparato del Estado) que se ensañó especialmente contra esos dos grupos mencionados, y que ha sido constantemente recordado no solo por asociaciones nacionalistas sino que también han sido remarcados por otras naciones europeas como Francia, Rusia o el Imperio Austro-húngaro, no por una preocupación real de la situación de esas etnias sino porque veían la oportunidad de obtener réditos territoriales y económicos desgastando la imagen del imperio otomano a través de divulgación de dichos acontecimientos para acabar con una presencia que había llegado siglos antes, al corazón de Europa, o bien, dando paso a esos deseos nacionalistas de las antiguas regiones vasallas y provincias del imperio osmanlí. Todo ello deterioraba aún más la estructura imperial otomana, sobre todo cuando los nacionalismos confrontados con esta, apelaban al papel de la organización de los Jóvenes Turcos a la hora de planificar esos genocidios que se traducían en las más que popularizadas marchas de la muerte, torturas y asesinatos masivos que contemplaban procesos de selección de las etnias armenia y griega para proceder a su exterminio. No obstante, desde esos relatos nacionales balcánicos se simplifica bastante una conflictividad que queda recogida en la mera acción represora de un poder extranjero sobre las tierras que domina sin realizar un diagnóstico adecuado de los procesos de transformación que se estaban dando dentro de la propias estructuras del imperio otomano en el siglo XIX con la entrada en escena de la asociación política de los Jóvenes Otomanos en 1871 liderados por Midhat Pasha, que suponía la llegada de una visión política de corte reformista y liberal confrontada con el sultán y que establecía un coto a su fuerte poder centralizador. Este movimiento forzó a la autoridad imperial, en concreto a Abdul Hamid II, a aceptar la presencia y la aplicación de esos idearios liberales europeos que se plasmarían en una constitución aprobada en 1876, que aunque no ponía en el foco un trato igualitario a esas etnias no musulmanas o “*millet*”, sí que darán pie a que ya en el siglo XX surjan corrientes liberales más progresistas como el Partido Liberal Otomano que sí se lo planteaban a través del gobierno autonómico en contraposición a los sectores reformistas-conservadores más

reaccionarios como los Jóvenes Turcos, que aunque eran críticos con esa figura decimonónica del sultán y de sus políticas ambiguas, partían de una concepción del Estado muy centralizada que inminenteamente conducía a la confrontación tanto con los nacionalismos rupturistas balcánicos como con las alternativas que dejase entrever la vía conciliadora de proyectos estatutario-autonómicos. Esto apenas es nombrado en la historiografía nacional balcánica, y si bien es dada a conocer, quizás es en ocasiones presentada como una pugna interna en el imperio otomano debido a las ansias de poder entre distintos estratos sociales a quienes les interesaba elevar a la figura del sultán o influir en los nombramientos de estos con el fin de que se vieran garantizados sus intereses de clase, situación que propiciaría una crisis que sería aprovechada por los nacionalistas para lograr culminar con éxito las independencias de esas regiones y provincias contraladas por los otomanos. Todo ese discurso nacionalista no deja de imbuir un sentimentalismo que repara en las emociones mediante el reduccionismo y la selección y el desecho intencionado de los acontecimientos para que se adegúen a esos mecanismos de construcción de nacionalidades que sitúan en el eje narrativo la represión ejercida por el poder imperial en forma de genocidios, mencionando solo los sufridos por la población local. En este sentido la retórica juega un papel esencial a la hora de predisponer una “población autóctona o local” enfrentada a la “invasora”, cobrando la adjetivación de la segunda un carácter peyorativo, y la primera, uno natural; de debilidad de cara a esa potencia invasora, frente a la que poco o nada se puede hacer. No obstante, el planteamiento de dicho marco retórico se tambalea si partimos del hecho de que esos mismos nacionalismos reconocen o sugieren la presencia de una población local como la griega en la Península de Anatolia para situar esas masacres contra la población civil, lo cual es paradójico si asumimos la existencia de ese concepto de “población autóctona” que concibe una territorialidad natural y con fronteras exactas, que sin embargo da el salto desde el Egeo al continente Asiático, lo que es hasta cierto punto llamativo si tenemos en cuenta que las fronteras de los estados contemporáneos suelen quedar delimitados a su vez por el continente al que pertenecen, ocupando de forma muy excepcional un territorio amplio en dos o más espacios continentales. Es decir, de la misma manera que es reconocible una “población autóctona”, como un recurso casi retórico para hacer alusión a las poblaciones griegas que indudablemente tuvieron una presencia activa en Anatolia (en la región del Ponto), tampoco cabe omitir con la habilidad con la que lo hacen siempre los nacionalismos balcánicos la presencia efectiva de una población civil con costumbres y religión islámico-otomanas, que desde un punto de vista conceptual eran tan autóctonas

viviendo en aquellas regiones de los Balcanes como los griegos que habitaban al otro lado del Egeo y que también fueron víctimas de persecuciones étnicas que derivaron en prácticas igualmente genocidas que las encabezadas por los otomanos en territorio bajo su dominio.

En cuanto a esa exclusión de la economía aparejada a lo social, a la que hacen una mención especial esos relatos nacionales, si bien pone como centro del problema a esas minorías religiosas o “*millet*” presentándolas como a los sometidas que en los siglos XIX y XX protagonizarán esas revoluciones dirigidas a tomar parte en los sistemas económicos, omiten mal intencionadamente que estas tuvieron acceso a la propiedad (de la tierra, de negocios...) además de participar en ese flujo comercial de arrastre del Oeste hacia el Este de los Balcanes cuyas mercancías iban destinadas a abastecer a la capital del imperio, Estambul. También, ese maltrato histórico contra las distintas etnias al que apelan los nacionalistas como argumento de base aparentemente firme que emplean la mayoría de los nacionalismos, queda muy en entredicho si partimos del hecho de que la legislación del imperio otomano no deja de ser la de un estado islámico en el que se aplica la “*sharía*”, que concibe el respeto a las religiones cristiana y judía, los “*dimmies*”, que quedaban del mismo modo amparados por el islam, aunque sí que es cierto que la laxitud y la tolerancia con estas comunidades alternará periodos de gran tolerancia con los de mayor intransigencia a medida que nos vamos acercando al siglo XIX. Tal fue esa convivencia entre comunidades y etnias diferentes que si nos adentramos a analizar los movimientos migratorios de la población podemos observar en las crónicas populares de antes y después de 1492 que los otomanos simpatizaban de forma significativa con las gentes que no tenían unas raíces propiamente arraigadas, los “*garibs*”, en un espacio concreto, sobre todo acogiendo a grupos de moriscos y judíos expulsados durante el reinado de los Reyes Católicos, que terminarían fundando comunidades prósperas en pueblos de la región de la Galatia, en Anatolia.

Evidentemente, ser musulmán implicaba una serie de ventajas en lo que a fiscalidad se refiere, pero a priori los componentes más importantes y valorados por los otomanos eran la habilidad humana en el trabajo y el uso de la fuerza en detrimento de los orígenes del grueso de la población.

Por lo tanto, tenemos como aparato crítico varios elementos que los nacionalismos se han dedicado a reproducir y a asumir que se nos dan a conocer como los auténticos pilares que son supuestamente el germen de todo proceso emancipador: la exclusión política; la económica y la social, que actúan como los ganchos movilizadores de las sociedades de

masas contemporáneas, siendo el elenco de un relato que culmina en lo heroico-nacional, que no atiende a las causas económicas que generan muchas veces esas prácticas de represión cuya expresión máxima serán los genocidios, entendiéndolos sin relativizarlos, como otras fórmulas de reaccionismo de los sectores absolutistas o del liberalismo más conservador frente a ese profundo reformismo que demandan en el siglo XIX muchos estratos de la sociedad otomana, que se vieron de la misma forma reprimidos aunque sin la particularidad y del desarrollo metodológico que implican los genocidios.

Todas estas visiones, principalmente pertenecientes al siglo XX, más en concreto al final de la II Guerra Mundial cuando se inician los procesos de descolonización, tienen como resultado la falta de comprensión sobre el efecto real que tuvo el Imperio Otomano en el Mediterráneo. Y es que, si tenemos en cuenta que en pleno siglo XXI hablamos de un mundo globalizado, ya en los siglos XVI-XVIII, el efecto que tuvo la presencia del Imperio Otomano fue el de un impacto bastante generalizado en la política de los distintos estados europeos, y paralelamente a ella, se desarrollaron los idearios de los relatos nacionales, que al historiador le conviene someter a un análisis exhaustivo con el fin de probar hasta qué punto estos sirven como referencia para poder conocer qué resultado tuvo la presencia otomana allá donde estableció su influencia, por lo que el objetivo de este trabajo convenientemente nos llevará a estudiar aspectos culturales que ayuden al lector a desechar o reformular los planteamientos aparentemente firmes que fijan esos mismos relatos elaborados por los nacionalismos.

2. El origen de los pueblos turcos en Anatolia y el ascenso otomano

2.1. El primer soberano otomano y la transición de la estructura política tribal al imperio

Miguel Ángel Extremera sitúa el origen de los pueblos turcos en Asia Central, en concreto, en la zona de los montes Altai, en el Oeste de lo que hoy día es Mongolia, ocupando un vastísimo territorio que iba desde el mar Caspio, pasando por Siberia, limitando el Sur de China, hasta llegar a la región de Manchuria, formando parte del Imperio de los köktürk¹.

Estos pueblos turcos estaban conformados por unas veinte tribus en total, entre las que destacaron dos clanes principales, el de los Kinik y los Kayi, siendo con los segundos con los que los otomanos se identificarían como sus descendientes, aunque dicha práctica se dará en el siglo XV por la necesidad de los sultanes otomanos de reafirmar su legitimidad frente a los que rivalizaban con ellos.

Todas estas tribus estaban aglutinadas entorno al poder del Imperio Seljuk de Rum, cuya capital residía en Konya, Anatolia. El resquebrajamiento de este se inicia como reconoce Extremera, en el 1243 con la llegada de los mongoles sucesores de Gengis Kan, comportando la derrota del mismo en la batalla de Kösedag. Las consecuencias no se hicieron esperar: el exilio de un numeroso contingente poblacional tribus turcas hacia la periferia occidental la península de Anatolia, unido a que el sultanato de Rum pasó a ser vasallo de la dinastía mongol de los Ilkhans, entrando en una dinámica progresiva de debilitamiento que supuso un vacío de poder que permitió a las distintos clanes que formaban el Imperio Seljuk, erigir sus propios reinos independientes que propiciarán la desaparición de esa primera estructura imperial en 1308 para dar paso a una conflictividad entre ellos. Entre estos reinos situamos el origen de la dinastía osmanlí, cuya expansión ha captado la atención de los historiadores por su peculiar avance en un periodo de tiempo tan breve. Esto, según los expertos se debe a la localización geográfica estratégica del reino osmanlí al noroeste de Anatolia, haciendo frontera con los territorios pertenecientes al Imperio Bizantino, en una región con un gran desarrollo económico en la que se hallaban centros urbanos de importancia considerable como Nicea y Bursa, lo que unido a la cercanía costera

¹“El colapso de este último marcó la pauta de una serie de movimientos migratorios que se iniciaron entre los siglos IX y XI, finalizando casi definitivamente para el siglo XIII, en dirección este-oeste desde lo que son las estepas del centro de Asia, asentándose en Irán y posteriormente en Anatolia”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.15.

permitía el acceso a la meseta central de Anatolia, cosa que era mucho más difícil desde el Norte y el Sur, donde se situaban las principales cadenas montañosas en el Póntico y a su vez en los montes Taurus, precipitando un efectivo expansionismo militar, allanada por la más que reseñable debilidad de los bizantinos. En este sentido, Extremera parte de las teorías elaboradas por la historiografía para explicar el afianzamiento del poder de los otomanos, destacando las del historiador norteamericano Herber A.Gibbons² (1880-1934) No obstante, atendiendo a los planteamientos de otros estudiosos de la civilización turca como los de Fuat Köprülü y Paul Wittek³. En este contexto se daba la necesidad de afianzar el poder de los sultanes mediante títulos destacados como el de *gazi*⁴. Esta explicación de los *gazi* se prolongó en el tiempo, abriendo en el seno de los historiadores un debate en torno a su naturaleza hasta la década de los años ochenta, en la que Rudi Paul Lindner sugirió el “carácter inclusivo” que se correspondía con los primeros años de formación del imperio otomano frente a la visión extendida de un imperio basando su exclusión en la religión que defendían los *gazi*. En línea con ello, cabe decir que este último postulado quedó desmentido atendiendo a que los primeros otomanos acomodaron en la administración a bizantinos para ejercer puestos de responsabilidad. Además, debemos incluir que los turcos combatieron al mismo tiempo con otros musulmanes por intereses que nada tenían que ver con la religión, sino que los objetivos fundamentales eran el botín y los esclavos. Esto no se puede dar como se ha mencionado sin el debilitamiento del Imperio Bizantino, pero sobre todo el auge de esa estructura administrativa viene posibilitado en gran medida gracias a la puesta en práctica de la unigenitura, es decir, que el sultán asigne la herencia del reino a un único heredero, previniendo así la dislocación política del territorio conquistado,

²“quien destacó rasgos occidentalizantes en los orígenes de los osmaníes por su vecindad con Bizancio, lo que inevitablemente conllevó la adopción del aparato administrativo estatal del mismo”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.18.

³“esta presenta las características turco-musulmanas como los verdaderos elementos constituyentes de dicha entidad política, recurriendo al argumento clave histórico de la “guerra santa” o *yihad* como la actividad espiritual al servicio de la fe, que aprovechada por los sultanes otomanos, atrajo a una masa de combatientes que se trasladaban a las fronteras del imperio bizantino provenientes de toda Anatolia para expandir el islam por los Balcanes hasta la posterior conquista de Constantinopla”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.18.

⁴“segundo nombre del que fuera el primer miembro de la dinastía de otomana, Osman Gazi, que dotaba sus sucesores de una legitimidad indiscutible al reivindicarse como los verdaderos adalides de la religión musulmana, aunque la conquista de Medina y La Meca en 1517 resonará todavía más de cara a ese discurso de legitimación, compensando de alguna forma que la dinastía osmaní no estuviese emparentada con la tribu de los quraish de la que provenía Mahoma”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.19.

habiendo tenido como experiencia el caso de los reinos de los Ilkhans y el de los distintos beylicatos de la península turca.

En cuanto al orden dinástico de la familia osmanlí, el primer soberano y fundador de esta rama de poder real fue el ya citado Osman Gazi u Osman I (1258-1326), que interpretó más el puesto de un líder tribal que el de un sultán propiamente dicho, figura entorno a la cual se fraguó un elenco mitológico recogido en el siglo XV en la crónica de Asikpasazade⁵.

Todos estos acontecimientos no pasaron desapercibidos en Constantinopla, enviando un contingente armado que fracasó en la defensa de la ciudad de Iznik (la Nicea bizantina), sitiada por Osman, siendo derrotados los bizantinos en el 1302 en la batalla de Bapheus, brindándole la oportunidad de tomar otros enclaves urbanos (Bilecik e Inegol) de vital importancia en los alrededores del valle del río Sakarya y de también comenzar el asedio de Bursa en 1326 que finalmente conquistará su hijo Orhan I⁶, Este aproximamiento venía augurado por una diplomacia exterior que hábilmente pretendía el mayor debilitamiento del Imperio Bizantino, aprovechando el estallido de una guerra civil ⁷entre dos candidatos al trono de Bizancio: Juan V Paleólogo y Juan VI Cantacuzeno, decantándose Orhan por el apoyo a este último, cuyo triunfo se compensó con el matrimonio concertado entre la hija del aspirante al cargo imperial, Teodora, y el hijo de Osman I.

Fue tal la conciencia que tenían los osmanlíes de la fragmentación del poder de los bizantinos que fueron conquistando a partir de 1354 fortalezas al otro lado de los

⁵“titulada Tevarih-i Ali-i Osman, en la que su cronista relata que Osman estaba destinado a encabezar grandes proezas. Esta, parte en el momento en que el líder tribal se encontraba descansando como invitado en el hogar del líder espiritual de la tribu, Edebali, protagonizando un sueño en el que del pecho de Osman penetraba una luna creciente, y de su ombligo nacía un árbol cuyas ramas abarcaban todo el mundo, lo que preconizaba a ojos de Edebali que tanto él como sus sucesores habían sido elegidos por Allah como los verdaderos monarcas del islam, dando paso al acuerdo del matrimonio de la hija de Edebali con Osman, de cuya unión nacería el sucesor de Osman, Orhan I”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.20.

⁶“quien asentaría las primeras bases del Estado turco-otomano durante su mandato (1326-1360), estableciendo el sistema educativo (fundará la primera madrasa) y moviendo la capital a Bursa, con lo que Sögüt dejará de serlo. A su vez, creará un puesto comercial o bazar, lo que dará paso al acuñamiento de monedas con su nombre”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.21.

⁷“Ello anunciaría el inicio de una serie de operaciones militares continuadas en el tiempo en la región de los Balcanes, donde el poco afianzamiento del poder bizantino y las amenazas colindantes como la de los serbios. En el aspecto militar destaca durante su gobierno la toma del emirato de Karesi en 1346, lo que permitió a los otomanos situarse en el Sur del Estrecho de los Dardanelos, de manera que el paso a suelo europeo sería inmediato, obligando a Bizancio a solicitar el socorro de los otomanos, lo que comportó en consecuencia una relación de vasallaje en la que los turcos eran claramente superiores”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.21.

Dardanelos, convirtiéndose dicha zona en la antesala de futuros ataques dirigidos a expandir el territorio de los otomanos.

El sucesor de Orhan será Murad I⁸ (1360-1389), siendo formalmente el primer rey en recibir el título de sultán, con lo que el paso definitivo de la estructura tribal a la imperial se produce con la llegada de su reinado, sobre todo porque tanto Osman como Orhan habían sido todavía vasallos de los Ilkhans.

2.2. La hegemonía otomana: campañas militares y superioridad naval

Muerto en batalla Murad I, le seguirá en su reinado Bayezid I⁹ (1389-1402). Con su gobierno la tónica de condición de vasallaje del Imperio Bizantino seguiría siendo patente cuando el emperador bizantino, Manuel II Paleólogo apoye a los otomanos para derrotar a Kadi Burhan I-Din Ahmed, quien dominaba el centro de la península turca. Entre sus conquistas destacan la anexión de señoríos como el de Aydin, Saruhan, Candar, Germiyan y Mentesse, así como la del Estado de Valaquia, a quien convirtió en vasallo. A su vez sometió el Principado de Karaman, logrando el control de Anatolia Central, pero sin duda alguna lo que le dio un gran prestigio fue frenar la cruzada organizada por el rey Segismundo de Hungría en la batalla de Nicópolis en 1396. Sin embargo, a raíz de la derrota y captura de Bayezid I en Ankara en 1402 supuso casi la desintegración del incipiente imperio otomano, cuyas consecuencias se tradujeron en que los vasallos tanto de Anatolia como de los Balcanes volvieran a ganar su independencia como emiratos y reinos separados de la administración turca, lo que también dio paso a un periodo de interregno y de guerra civil (1402-1413) entre los descendientes de Bayezid I, de cuyo conflicto emerge la figura de Mehmed I (1413-1421), que junto a su hijo Murad II (1421-1444, 1446-1451) lograrían recuperar el dominio de la mayor parte de Anatolia para

⁸“El mandato de Murad I inaugura una etapa definitiva de una independencia política absoluta y de cargos como el cuerpo militar de los jenízaros y el del gran Visir. Además, al igual que sus predecesores continúa el expansionismo militar otomano, tomando la ciudad de Edirne en 1361 así como consigue controlar el puesto comercial mediterráneo que constituía la República de Rasgua, que hasta entonces había sido de Venecia, pasando a ser un territorio vasallo-tributario del Imperio Otomano, añadiéndose una serie de triunfos militares como la del río Maritsa (1371) y la de Kosovo conocida popularmente como el Campo de Mirlos (1389) en las que respectivamente fallecieron el rey de Serbia, quien había formado una coalición antiotomana que fracasaría, y el propio Murad I. Esta batalla figurará en la historia de Serbia como una humillación nacional por su importancia, teniendo un gran impacto psicológico de cara a la posteridad”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.22.

⁹“continuó múltiples campañas militares que se extenderían a lo largo de Anatolia y de los Balcanes, lo que le concedería el apodo de “el rayo”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.23.

centrar de nuevo sus esfuerzos en la región de los Balcanes, siendo este periodo de 1438 cuando Hungría sufriría más *razzias*, aunque la cruzada de este reino liderada por el noble János Hunyadi frenará el avance otomano hacia el interior de Europa, forzando a Murad II a firmar un tratado por el que se compromete a que las tropas turco-otomanas se mantengan al Sur del Danubio, sin traspasarlo. En dicho contexto, los países cristianos estaban convencidos de que la expulsión definitiva de los otomanos de Europa era posible e inmediatamente organizaron otra cruzada que sería repelida de nuevo por en la batalla de Varna en 1444, siendo este el último gran esfuerzo por parte de las naciones occidentales de detener el empuje del imperio osmanlí. Tras la muerte de Murad II, el siguiente en la línea sucesoria será Mehmed II (1444-1446, 1451-1481), siendo otro de los más emblemáticos sultanes en la historia del Imperio Otomano principalmente por su conquista de Constantinopla ¹⁰en 1453, ya pretendida por sus predecesores, logrando su toma gracias a la construcción de una fortaleza en el Bósforo que impedía el abastecimiento de trigo de la capital bizantina.

Las campañas militares de Mehmed II fueron numerosas y paralelamente exitosas en los Balcanes, donde ocuparía Serbia en 1459, Bosnia (1463) y Grecia (1460) además de sofocar el levantamiento en Valaquia encabezado por Vlad Dracul III de Rumanía. También comportaría importantes derrotas a la República de Venecia entre 1463 y 1479, anexionando la isla de Eubea y a la confederación de los Ak Koyunlu, que liderados por Uzun Hasan tramaban conspiraciones junto con los venecianos contra el imperio osmanlí. Génova a su vez vería el retroceso de su dominio en el Mediterráneo, y en cuanto al Khanato de Crimea, su conversión en un estado vasallo de los otomanos consolidaría el control del Mar Negro, una región que al mismo tiempo que ayudaría a los turcos a defenderse, proporcionaba el trigo para satisfacer las necesidades de la capital del imperio. Respecto a los aspectos jurídicos, los esfuerzos de Mehmed II se centraron en consolidar un aparato estatal centralizado a través de la elaboración de sucesivos códigos penales entre los que destaca el célebre *Fatih Kanunnamesi*¹¹.

¹⁰“Su caída supuso la concesión de tres días de gracia en los que Mehmed II permitió el saqueo del último reducto del Imperio Romano de Oriente y la esclavización y deportación de la mayoría de la población según señala Miguel Ángel Extremera, a lo que le seguirían medidas de repoblamiento y de obras públicas en la ciudad para convertirla en la nueva capital del Imperio de La Sublime Puerta, rebautizada como Estambul. En consonancia con ello, se edificaría el palacio de Topkapi Sarayı, que más adelante pasaría a ser la sede de la administración imperial y la residencia oficial de los futuros sultanes”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.27.

¹¹ “que contemplaba la nacionalización y confiscación de tierras de las élites para aumentar el poder de la figura del sultán y remarcar la preeminencia de este”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.31.

Su hijo, Bayezid II (1481-1512) continuará sus funciones habiendo resultado victorioso del enfrentamiento con su hermano Cem por el trono, momento en el que se planteó la partición del Imperio Otomano entre Anatolia y los Balcanes. En el terreno de lo militar, el reinado de Bayezid II se caracteriza por la defensa del imperio frente a las incursiones de los safávidas, enviando para ello a los Jenízaros, que los harán retroceder a Irán y la represión de otra revuelta iniciada por los *kizilbas* en Antalya, al Sur de Anatolia. También destaca la continuidad de las hostilidades con Venecia, fortaleciendo aun más el poderío naval de los otomanos, cuya fuerza adquirirá a partir de entonces una doble dimensión de potencial terrestre y marítimo.

El gobernante sucesor de Bayezid II, será su hijo Selim I¹² (1512-1520), quien ya había protagonizado enfrentamientos con sus hermanos, a quienes mandó asesinar para forzar a su progenitor a designarle como sucesor al trono.

Su política interior se caracterizó por el asesinato sistemático de grandes Visires a la menor contradicción, según reconoce Extrema y a la persecución de los *Kizilbas*, contingente a quien especialmente dirigió la violencia.

La conquista de península arábiga en el mandato de este monarca supuso la reafirmación del imperio osmanlí como el verdadero garante del islam sunní al tomar Medina y La Meca, con lo que dicho imperio pasaba a ser el encomendado a la protección de la ruta de peregrinación por excelencia del islam.

¹²“Su agresiva política exterior como interior le valió ganarse el apodo de “el terrible”, iniciando hostilidades contra los safávidas, logrando con éxito conquistar el Este de Anatolia, la región del Cáucaso hasta el Norte de Irán derrotando a los persas en 1514 en la batalla de Caldiran. Las campañas que convocó en África fueron dirigidas a la ocupación del sultanato mameluco de Egipto, tomando en su camino Siria, Líbano y Palestina, como medida preventiva para evitar que la alianza entre estos y los safávidas contra los otomanos triunfara”.

EXTREERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.34.

2.3. El cénit del poderío de los sultanes: Solimán I y Selim II; la aparición de figuras alternativas de poder

Después de la muerte de Selim I, le sucedió el que seguramente sea el sultán más icónico y que mayores éxitos cosechó rivalizando con la Monarquía Hispánica, Solimán el Magnífico¹³ (1520-1566).

En el ámbito de lo militar destaca ya al inicio de su gobierno su irrefrenable ansia de conquista con la toma de Belgrado en 1521 y la de Rodas, lo que le concedió el dominio de las rutas marítimas entre Estambul y Egipto. Sus campañas contra los húngaros tras sucesivos intentos de anteriores sultanes le valieron en la batalla de Mohács en 1526 el acceso a Europa Central, creando para ello Solimán un estado que actuaría como válvula de contención para detener los ataques de los Habsburgo. Seguidamente tendría lugar la planificación del primer sitio a la ciudad de Viena en 1529, que fracasaría, pero que denotaría la fragilidad de un occidente que se tambaleaba frente al poder del Imperio de La Sublime Puerta. Debido a esto, Solimán centraría sus esfuerzos en el Mediterráneo, afianzando su poder con la conquista de Argel gracias a la comandancia de la armada turca, dirigida por el famoso almirante Hayreddin Barbarroja, quien también tomaría Túnez a pesar de que Carlos V la recuperaría. No obstante, el imperio osmanlí comportó importantes derrotas a castellanos y venecianos en la batalla de Préveza en 1538¹⁴.

En Irán, el monarca recrudeció sus campañas, llegando a conquistar a los safávidas Bagdad, Tabriz, y el Este de Anatolia, aunque la primera volvería a manos persas.

Solimán también tuvo que centrar sus esfuerzos bélicos en la retaguardia, en el Golfo Pérsico, donde los intereses portugueses chocaban con los de los otomanos, dado que los lusos tras los viajes en el siglo XVI de Vasco de Gama habían tratado de controlar las rutas comerciales hasta China. Esto dará lugar a que los otomanos tomen la ciudad portuaria de Adén, en Yemen, bloqueando así el acceso al Mar Rojo.

El final del reinado de Solimán el Magnífico se tradujo por la pugna entre sus sucesores Mustafa, Selim II y Bayezid por la corona y saldándose con el asesinato del primero por orden del sultán bajo la acusación de tramar una conspiración respaldada por los jenízaros

¹³“cuyo reinado supuso el máximo esplendor del poderío otomano tanto a nivel militar, institucional como económico y cultural, rodeándose para ello de una corte imperial con gran talento como grandes Visires a su lado que pasaron a la historia como Ibrahim Pasha, Rüstem Pasha y Sokollu Mehmed Pasha”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.35.

¹⁴ “otorgando el dominio del Mare Nostrum por décadas a los turcos”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.38.

para deponerle como rey y con la ejecución de su otro hijo, Bayezid, tras su exilio a Persia junto a su familia, acordando con el shah safávida Tahmasp I, su pena capital.

De este conflicto saldría triunfante Selim II (1566-1557), tras la muerte de su padre a los 72 años en Hungría, donde realizaba los preparativos para una nueva campaña. El reinado de su hijo iniciaba el principio del declive del imperio otomano, momento a partir del que observamos una pérdida paulatina del poder absoluto del sultán, que empieza a delegar todavía más el gobierno en la figura de los grandes visires¹⁵.

Selim II sería apodado como “*el borracho*” por su gran desmedida por el juego y la bebida, lo que le apartó significativamente del gobierno, que cambió para dar más protagonismo a sus favoritos en la corte además de que se inaugura un periodo en la historia del imperio otomano en la que los sultanes, la mayoría de ellos, ya no acudirían a dirigir campañas, sino que se abstendrían para llevar a cabo exclusivamente una vida palaciega en la ciudad de Edirne y en los entornos de Estambul.

Esa omnipresencia de los visires se hizo patente en el reinado de Selim II y en adelante, tratando de ganarse el favor real y siendo el eje de conflictos por el poder como el reconocido por Extremera entre Sokollu Mehmed Pasha y Don Yosef Nasi, siendo un momento en el que los visires sobrepasan ese escalafón que los situaba como única autoridad subordinada a los sultanes para convertirse en sus iguales, algo impensable y que causaba un reaccionismo autoritario en los soberanos otomanos anteriores a Selim II, quien se acomoda en el lujo y se desentiende de sus obligaciones. Esta comodidad se tradujo en una debilidad que azotará los gobiernos de futuros sultanes y darán paso a que otros estamentos de la sociedad otomana protagonicen conflictos encaminados a satisfacer sus intereses de clase como ejemplifica el caso de los jenízaros¹⁶. Este momento marca el comienzo de la socavación de la sacralidad de la figura del emperador otomano, cuya figura ya no es incontestable a pesar de que fuese aparejada a connotaciones religiosas, estas pasan a un segundo plano en favor de los intereses económicos y sociales de otras clases, que determinarán los mandatos de los sultanes.

Es el gobierno de Selim II el que recoge los primeros reveses militares, sobre todo si se presta atención a la más que conocida la batalla de Lepanto en 1571, que a pesar de ser

¹⁵“convirtiéndolos de alguna forma en la analogía que experimentaría la monarquía de los Austrias la España del siglo XVII, donde los válidos asumirían el gobierno de la nación, debido a la incapacidad o la indiferencia de los monarcas por el ejercicio del poder”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.40.

¹⁶“que progresivamente se irían haciendo más fuertes en Estambul hasta acorralar a los sultanes hasta el punto en que decidirán en el futuro su candidatura”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.42.

una victoria española no tuvo un gran impacto para los otomanos, que rápidamente en apenas dos años reconstruyeron su armada. Si esta fecha es digna de mención es ante todo porque denota un cambio en la Europa de la Edad Moderna, pues hasta dicha batalla la percepción era que el turco era invencible, y dicho acontecimiento cambia esa mentalidad que abandona la asociación de este al demonio y el terror a que occidente cayese en manos de los otomanos. Para estos últimos, supone más bien un impacto psicológico en el ideario colectivo tal y como relataba el historiador turco Selaniki¹⁷.

Uno de los últimos grandes proyectos encabezados por la administración imperial fue el intento de la construcción de un canal entre el Volga y el Don en 1569, lo que hubiese facilitado la defensa de esa región después de que las hostilidades con la Rusia de Iván el Terrible se iniciaran, pero dicho plan no se llegó a aprobar finalmente, siendo suplido por la construcción de un observatorio astronómico.

3. Siglo XVII. Decadencia interna y pérdida de la hegemonía internacional

3.1. El reinado de Murad III

El siglo XVII inaugura una etapa de decadencia interna y pérdida de la hegemonía internacional si bien como señala Miguel Ángel Extremera, acudimos a los años comprendidos entre 1579 y 1718 con el inicio del gobierno del sultán Mehmet II y de Murad III. En el del segundo se sucederán treinta y dos visires diferentes, por lo que asistimos a una inestabilidad palpable además de que el sultán se vió influido en el ejercicio del poder por su madre, Nur Banu¹⁸. Esto junto a que en esta época los sectores más fanáticos del islam comienzan a tener más presencia en la escena central, cambiarán el rumbo en la historia de una sociedad que hasta ahora había presumido de poseer una cultura superior a la occidental por sus avances científicos, pero el afianzamiento de los ulema se tradujo en la destrucción del gran observatorio astronómico en 1580, levantado en el reinado de Selim II, es decir, el acercamiento a ese cierre cultural y al desarrollo de

¹⁷“quien señaló que no durmió durante tres noches y tres días al enterarse de dicho suceso”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.42.

¹⁸Será junto con Safiye, esposa de Murad III, quienes inauguren el periodo popularmente conocido como el “harén de las mujeres o el sultanato de las mujeres” donde el papel de estas será fundamental en decisiones políticas que ellas mismas encabezaron y que afectaron al imperio otomano.

BUNES IBARRA, Miguel Ángel, “El imperio otomano (1451-1807)”, p.111.

esta se da en este largo siglo XVII, estando el foco a partir de entonces en Europa, donde estaba dando lugar la primera revolución científica.

Durante el mandato de Murad III se inicia una nueva tradición política por la que los futuros sultanes ya no subían al trono habiendo adquirido previamente una experiencia en el gobierno de las provincias, sino que en adelante provendrían exclusivamente como reconoce Bunes Ibarra de Estambul¹⁹. A ello se une toda una serie de intrigas palaciegas desde comienzos de su gobierno, con el asesinato del visir Sokollu en 1579 al llegar el sultán de Manisa con una corte sólida de hombres, como lo fue el caso de Kara Üvey Celebi, que ansiaban detentar el poder y que rivalizarán con otros nombres que destacarán como Isdendiyar-oglu Shemsi Ahmed Pachá²⁰ y a su vez con las mujeres del harén para contrarrestar la influencia de estas. Todo ello con la intención de ganarse el favor real.

A partir del reinado de Murad III, se inician de nuevo el recrudecimiento de las campañas contra la Persia de los safávidas²¹ entre 1576 hasta 1590 con el objetivo de conquistar Georgia y Azerbaiyán, conflicto que finalizará como causa del desgaste de ambos contendientes con la llegada al trono persa del nuevo sha Abbas I²².

También cabe señalar la guerra contra la Casa de Austria, la conocida como la “larga guerra” (1593-1606) que derivó en la firma del tratado de Zsitvatorok²³ en 1606.

¹⁹Saliendo de la capital del imperio turco en contadas ocasiones y delegando la organización de campañas militares a grandes visires y a los ulemas, contradiciendo las políticas de Solimán El Magnífico y que hasta entonces habían caracterizado a los sultanes predecesores. “Murad III es el primer sultán otomano que nunca abandonó la ciudad...por lo que cedió la jefatura militar de sus empresas a visires, función que siempre había caracterizado a los descendientes de Osman I, lo que es una demostración del nuevo rumbo que tomará la dinastía en el siglo XVII”.

BUNES IBARRA, Miguel Ángel, “El imperio otomano (1451-1807)”, p.112.

²⁰“quien había prestado sus servicios a Selim I, Solimán y Selim II”.

BUNES IBARRA, Miguel Ángel, “El imperio otomano (1451-1807)”, p.111.

²¹“por lo que aprovechan la inestabilidad...por la muerte de Tahmasp y la de su hijo Ismaíl II para mandar ejércitos al Este”.

BUNES IBARRA, Miguel Ángel, “El imperio otomano (1451-1807)”, p.113.

²²“el nuevo sha quiere finalizar la guerra con la Sublime Puerta para arreglar problemas estrictamente interiores...y sobre todo expulsar a los uzbacos turcos. Estas razones le llevan en 1590 a firmar una paz y a ceder Georgia y Azerbaiyán...sin embargo le permitiría acabar con sus enemigos interiores y reorganizar sus fuerzas para iniciar más adelante la recuperación de lo perdido”.

BUNES IBARRA, Miguel Ángel, “El imperio otomano (1451-1807)”, p.113.

²³Se firmaría ya en el reinado de Ahmed I (1603-1617) “en el que, por primera vez en la historia, ambas potencias, los Habsburgo y los otomanos, se autoconciben mutuamente como iguales, con lo que los primeros ya dejan de tributar a los osmaníes para garantizar su independencia, denotando un trato distinto en las relaciones entre los dos estados”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.43.

No obstante, ya desde 1576 diplomáticos españoles y otomanos, a voces de Felipe II y Murad III respectivamente, sopesaban establecer negociaciones²⁴ dirigidas al armisticio, aunque es cierto que la dificultad estuvo en determinar esas relaciones de equilibrio con las constantes tentaciones de ultimar la palabra que decidiera la superioridad del uno o del otro, pero bien es cierto que ambos compartían la necesidad de poner final a la larga duración de la guerra en el Mediterráneo que tantos costes había implicado para las arcas estatales de las dos potencias. Esto da sentido a que, a lo largo del gobierno de Murad III, se fomentaran las relaciones con países europeos como Francia, Inglaterra y Venecia a través de personajes femeninos como Nur Banu y Safiye, cuyas influencias sobre el sultán eran claras como se ha señalado con anterioridad.

A partir de entonces comenzaba otra etapa en la historia del imperio otomano, no se trataba ya de buscar la hegemonía sino de garantizar la supervivencia del imperio, fomentando el fortalecimiento de las defensas de ciudades²⁵ situadas en los Balcanes, sobre todo las regiones en torno al Danubio, y las provincias más orientales ya pertenecientes a los otomanos.

En este siglo, dicho ente político afrontó diversos procesos que amenazaban la desintegración del mismo si nos fijamos en las grandes rebeliones que protagonizaron los Celali entre 1596 y 1609 en adelante, que pretendían establecer sultanatos independientes, que muchas veces contaban con el respaldo en forma de conspiración de las potencias europeas para desgastar a los turcos, así como las sublevaciones encabezadas por príncipes nativos de los Estados vasallos de Moldavia, Transilvania y Valaquia²⁶ que empezaron a cuestionar la obediencia a la autoridad imperial y que tendrán una resonancia intermitente en los siglos venideros.

²⁴“ninguno de los ancestros de Murat III hubiera permitido, sobre todo Solimán El Magnífico, llegar a una suspensión de armas en los términos en los que lo hizo su nieto, ya que estaba completamente convencido de su superioridad. La arrogancia del sultán y del Rey Prudente se aparta para lograr un beneficio inmediato...”.

BUNES IBARRA, Miguel Ángel, “El imperio otomano (1451-1807)”, p.115.

²⁵Como lo eran “Belgrado, Gran, Buda...lugares donde concentran recursos humanos y técnicos para poder contrarrestar la activa política de Rodolfo II de Hungría

BUNES IBARRA, Miguel Ángel, “El imperio otomano (1451-1807)”, p.117.

²⁶Ya en los años finales del reinado de Murad III, que sería un problema intermitente y de gravedad considerable para los próximos sultanes que le sucederían en el cargo.

3.2. El estancamiento económico

Todo lo anterior conllevó en consecuencia la llegada de una recesión económica en el Imperio de la Sublime, que según reconoce Extremera, vino auspiciado por un notable ascenso de los casos de corrupción que implicaban la venta de cargos de gobierno que vino acompañada de la depreciación de la moneda turca, el akce, en un 44%. Esta crisis monetaria propició el levantamiento de los jenízaros en Estambul en 1589 que junto con la rebelión Celali de 1596 dirigida por Karayazici supuso la devastación de villas y tierras por parte de un contingente de 20.000 campesinos de Anatolia, tras haber renegado del frente europeo con los Habsburgo, lo que multiplicó el efecto de una crisis que amplió su dimensión económica para convertirse a su vez en demográfica y social, pues muchos campesinos optaron por abandonar sus pueblos. A estas rebeliones, cuya motivación principal fue el descontento por la escasa remuneración de las tropas otomanas ²⁷que tenían que confrontar los constantes frentes que fueron abriéndose en Europa, sobre todo la larga guerra con Hungría²⁸ que se iría complicando, se les unía que el cuerpo de los jenízaros se empezaría a configurar por miembros musulmanes de nacimiento²⁹, lo que inmediatamente supuso el aumento del reclutamiento de soldados, significando el recurrir a una mayor presión para el sistema financiero otomano, viéndose comprometido al mismo tiempo, al igual que las economías europeas, al conocido fenómeno de la “revolución de los precios” en la década de 1570³⁰, coincidiendo con el crecimiento demográfico de la población en este siglo sin que progresivamente hubiese un alza de la producción de las materias primas para abastecerla. Esta dinámica de recesión económica iba a la par del esfuerzo de los sultanes de incrementar y modernizar el ejército osmanlí, es decir, a la inflación se le sumaba el excesivo gasto militar para sostener las campañas

²⁷Sobre todo, por parte de jenízaros y de los shipai en 1592, “situación que se arregla con un subsidio extraordinario. Este tipo de problemas se repitieron a lo largo del siglo XVII, lo que motivó que algunas de estas revueltas fueran sofocadas con el uso de las armas”.

BUNES IBARRA, Miguel Ángel, “El imperio otomano (1451-1807)”, p.123.

²⁸Conllevó la sucesiva sustitución de grandes visires como Satirji Mehmet y la ejecución de los mismos.

²⁹“logran que se les concedan los mismos privilegios que a los soldados provenientes del *devsirme*, lo que conllevó la pérdida de la disciplina de este cuerpo del ejército, provocando su pérdida de efectividad y la ruptura del espíritu anterior”.

BUNES IBARRA, Miguel Ángel, “El imperio otomano (1451-1807)”, p.122.

³⁰“atribuida al aumento de la plata y metales preciosos provenientes de América...”.

BUNES IBARRA, Miguel Ángel, “El imperio otomano (1451-1807)”, p.122.

en las regiones más septentrionales del Imperio de La Sublime Puerta, a cuya solución únicamente cabía la de depreciar la moneda y aumentar la carga fiscal sobre el conjunto de la población, planteando la creación de nuevos impuestos, sobre todo en el siglo XVIII, que se focalizaron más en sectores estratégicos de la economía otomana como lo fueron las rutas de caravanas y que también tenían como destinatarios a los pequeños y medianos propietarios, así como a la heterogénea base del campesinado³¹. No obstante, la dimensión social de la crisis no termina aquí, ya que esa situación de pobreza propicia que durante el reinado de Murad III proliferen doctrinas milenaristas que dieron pie a que se produjeran levantamientos que pusieron en duda la forma de organizar el aparato del estado otomano, además de aparecer flujos migratorios³² del campo a núcleos urbanos. Estos últimos adquirirán experiencia militar como consecuencia de la participación en las campañas de Hungría y de Persia, siendo otro objeto más de atención para la autoridad imperial, a quien tampoco debía descuidar el pago de sus salarios, cosa que sucedería al igual que en el caso de los jenízaros, y que, junto a los rentistas tendrían capacidad para armarse contra los sultanes. La clase que unida a los campesinos padeció en un mayor grado los efectos de la crisis fueron los caballeros timariotas, cuyas bajas en los frentes europeos y asiáticos generaron un vacío de tierras y de la productividad de las mismas al tener que afrontar las subidas de precios y el pago de tributos más exigentes que solicitaba el gobierno central. El destino de estos dominios que quedaron vacantes no fue su reasignación a estos soldados destacados, sino que fueron el ante sala de una serie de prácticas corruptas sustentadas por el favoritismo en beneficio de los círculos más próximos al poder imperial, lo que generalizó la corrupción en estos grupos sociales de caballeros otomanos y de los jenízaros que se valieron de su influencia para asegurarse el pago correspondiente a los servicios prestados que no habían sido remunerados.

La respuesta en no pocas ocasiones fue la de la represión, aunque bien los sultanes fueron conscientes de que no era una solución al problema a largo plazo. Se requería la reestructuración del estado turcomano, y en este sentido, del mismo modo que sucedería en la Europa ilustrada del siglo XVIII, se la tomaría como ejemplo, planteando la necesidad de gravar la riqueza de las clases privilegiadas en un sentido proporcional, no

³¹“El incremento de impuesto y la excesiva carestía de la vida que debía ser pagada con una moneda depreciada conllevan movimientos de población de las zonas agrícolas a las urbanas, lo que descompone el tradicional reparto poblacional del Imperio”.

BUNES IBARRA, Miguel Ángel, “El imperio otomano (1451-1807)”, p.123.

³²Entre ellos destacarían “desheredados en el mundo rural (*levendant*), que entraron al servicio de los diferentes sultanes pretendientes al trono...”.

BUNES IBARRA, Miguel Ángel, “El imperio otomano (1451-1807)”, p.124.

bastaba con aumentar los impuestos al campesinado, que tradicionalmente ya habían soportado dichas cargas impositivas. Ello permitiría sanear y sufragar considerablemente la hacienda pública, que ya en el siglo XVII presentaba síntomas de debilidad, sobre todo de cara hacerla más eficaz, permitiendo a la postre modernizar la estructura del ejército otomano que se estaba quedando obsoleta en comparación a las potencias europeas, con el objetivo de recuperar la gran capacidad de despliegue y de conquistas que siempre habían caracterizado al Imperio Otomano.

Evidentemente, todo este proceso comportó un gran conflicto que derivó en un reaccionismo frente al que tuvieron que dar respuesta los sucesores de Murad III, y que ya se adentraría en el largo siglo XVIII intentando dar respuestas a través de reformas que tuvieron más o menos éxito, en los gobiernos de Ahmed I (1603-1617), Osman II (1618-1622) y Murad IV (1623-1640).

4. El periodo de reformas (XVII-XVIII) y cambios en las fronteras del imperio

4.1. Religiosidad oficial y popular

Antes de entrar a tratar el periodo de reformas que se llevaron a cabo en el Imperio de La Sublime Puerta, sobre todo en el siglo XVIII, conviene señalar ciertos elementos de religiosidad que reafirmarán las políticas oficiales que cobrarán un tradicionalismo prolongado en el tiempo, y que quedarán confrontadas con nuevas doctrinas espiritualistas que servirán, bien para renovar el poder central o para confrontarlo buscando limitar su acción política a través de ramas alternativas del islam que se manifestarán como auténticos fenómenos culturales a la par que políticos, y que serán de algún modo los antecedentes a esas reformas económicas y políticas que realizarán en adelante.

En cuanto a esos aspectos culturales que actúan como bases generales para caracterizar al Imperio Otomano cabe destacar el papel de la religión, teniendo en consideración que al tratarse de una estructura imperial que abarca una gran territorialidad que se adentra en la Europa Oriental, también lo hace en el Próximo Oriente, de manera que no solo reconocemos la presencia del cristianismo en la sociedad otomana, sino a su vez del islam y de sus propias renovaciones a través de otros movimientos espirituales que apelan a lo primigenio y que estarán en el continente asiático acompañados de otras religiosidades menores en lo que se refiere a la cantidad de seguidores de las mismas, pero no por ello menos destacables, ya que con el paso del tiempo cristalizarán en la forma en la que se relacionarán con el poder imperial, bien legitimándolo o bien exigiendo un trato igualitario respecto a los musulmanes, siendo los precedentes que derivarán en la gran radicalidad de las minorías religiosas del imperio otomano en el siglo XIX y de las respuestas, en ocasiones autoritarias, de los sultanes.

Los otomanos, según reconoce en sus estudios el historiador Miguel Ángel Extremera, eran seguidores del islam sunnita y dentro de él, quedaban englobados en la escuela jurídica hanaffí³³. Para este autor debemos, ante todo, analizar la existencia de una

³³“aunque también era habitual la presencia e interpretaciones de las otras tres escuelas existentes en la religión musulmana, cuyos fundamentos lograban encontrar la aceptación del poder central en las múltiples provincias que constituían el imperio”.

religiosidad oficial dictada desde la autoridad imperial, en contraposición a la religiosidad popular³⁴. Ese islam oficial es modelado desde la figura del sultán, y a ojos de la sociedad está representado como el máximo baluarte o defensor de esa ortodoxia sunnita para que sea aplicada de forma adecuada en los procesos judiciales que contempla la ley islámica. Su figura encarna la unión de la comunidad musulmana bajo la denominación de la *umma*³⁵, siendo el imperio otomano, la exemplificación de otro estado islámico hecho a semejanza de ese primer imperio islámico que daría paso a los cuatro califas perfectos, y con el que se identifican para emularlo buscando establecer lazos de consanguineidad con esos califas o bien con el profeta, apelando a sus ser descendientes de alguna de las muchas esposas que tuvo Muhammad a lo largo de su vida. En este sentido, los intereses y los planteamientos teóricos que reafirmaban la legitimidad del poder de los sultanes, no solo a los del Imperio de La Sublime Puerta, sino a su vez a los de otros sultanatos coetáneos o anteriores al mismo, conllevó a la generalización de las prácticas legitimistas a través de las crónicas que establecían algún tipo de lazo de sangre con el profeta³⁶.

Junto a los sultanes, los otros representantes de ese islam oficial o culto, entendiendo el segundo término como la religión que es fruto de la producción cultural y social de las élites, son los *ulemas*, funcionarios que constituyan una jerarquía eclesiástica ligada al Estado (al sultán) y que estaban dirigidos por el *seyhulislam*³⁷.

Ese islam culto u oficial contrasta con los aportes teóricos del islam popular, impregnado de una gran heterogeneidad, y es que Miguel Ángel Extremera identifica el papel de distintas órdenes religiosas o *tarikat*³⁸. Esta heterodoxia se presentaba en cierta manera como un reto para el sultán, pues tribus como los *kizilbas* guardaban simpatía con el que fuera casi siempre el enemigo natural de los otomanos, el Imperio Persa de los safávidas,

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.259.

³⁴Que deja dilucidar esas mentalidades y creencias de las capas subalternas de la sociedad otomana que dan pie al popular concepto de microhistoria y que es aplicable tanto a las sociedades cristianas occidentales como a las orientales.

³⁵Continuando la aplicación de las bases elaboradas por el profeta Mahoma.

³⁶Mediante relaciones de parentesco dentro de una genealogía que aparentemente estaba cerrada y que dejaba hueco a la construcción de un relato sobre el origen de un linaje que perfectamente sabía llenar esos vacíos o incoherencias y confusiones que los mismos adquieren con el paso del tiempo derivado de las disputas por el poder entre grandes familias de una región o localidad.

³⁷“Y a este le seguían otros puestos como los *kadi*, *mufti*, y *muderris*, que serán el cuerpo de todo un entramado institucional de tales dimensiones que solo queda recogido en el caso del imperio otomano”.

³⁸EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.259.

“como las de los *mevlevi* o la de los *bektasi*, de carácter mítico, que contaban con numerosos afines a las que se sumaban la mezcla de los ideales del islam, del cristianismo y de creencias antiguas chamánicas-paganas propias de la estructura tribal de los pueblos turcos de Anatolia, que incluso llegaron a tener un perfilamiento religioso casi enfrentado con la autoridad central”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.259.

que se había caracterizado por su tendencia shiíta. Fueron acontecimientos de este tipo que marcaron una descentralización respecto a la religiosidad preconizada desde arriba la que propició que en el reinado de Mehmed II se fuese estableciendo una clara identificación con la rama sunní del islam, erigiendo para ello en Eyüp³⁹ (Estambul) un complejo religioso. De esta forma los soberanos otomanos continúan ese principio de unicidad del islam establecido por el profeta para deslegitimar a cualquier figura alternativa de poder que no fuese la del sultán hasta tal punto, que Mehmed II ordenó buscar la tumba de Eyüp, para ser de nuevo sepultado en Estambul, donde cada nuevo sultán designado asumiría el protocolo denominado como *Seyhüllislam*⁴⁰. Este cargo, el de Seyhüllislam designaba al mismo tiempo a la máxima autoridad religiosa cuyo cargo podríamos equiparar al del Papado en el mundo Occidental y que actuaba como apoyo del sultán otomano, pero a su vez le permitía teniendo en cuenta todo lo expuesto en relación a esos vínculos con Mahoma y sus más cercanos, no solo reivindicar la expansión del islam y de proteger sus espacios sagrados, sino también la de reafirmar el califato universal a través de la figura del santo popular del *veli*⁴¹ o *baba*. Esta catalogación de santo popular o *veli* será la que a la larga propicie los primeros síntomas de inestabilidad y fisuras en el imperio otomano, que protagonizará la tribu de los *Kizilbas*.

Volviendo a tratar esa religiosidad oficial que buscaba calar en las clases populares, cabe de nuevo citar al *Seyhüllislam* como la cabeza del conservadurismo religioso y social de la jerarquía de los Ulemas, en todo momento cercana al sultán y que con el paso del tiempo iría asumiendo mayores prerrogativas en el ámbito religioso y político, notándose sobre todo el crecimiento de su autoridad en el segundo, adquiriendo ya para el siglo XVI la potestad de deponer a los visires o incluso a los sultanes. Esto contrastaría con esas múltiples religiosidades alternativas o populares que existían en el imperio otomano, pues no debemos olvidar las diferentes creencias derivadas de la heterogeneidad del Imperio de La Sublime Puerta que llegaba también a muchos ulemas y que mezclaba esas

³⁹“Este nombre se corresponde con el que fuera amigo y portador del estandarte del propio Mahoma, lo que nos hace entrever una clara intención por parte de la autoridad imperial de sugerir una autenticidad del poder que emana del soberano, el califa, vinculando la figura del sultán otomano a la de esos primeros califas perfectos, desecharlo por completo la figura de Alí al entenderla como la de un golpista que se valió del oportunismo para llegar al poder”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.260.

⁴⁰“en el que se le ceñiría la espada del primer fundador de la dinastía otomana, Osmán I, que suponía el nombramiento como soberano que continuarían sus sucesores, siendo un gran elemento de afianzamiento del poder a lo que se unían muchas connotaciones religiosas de relevancia considerable”.

⁴¹que asumía el sultán como nexo de unión entre las distintas tribus turcomanas al ser considerado como el emisario de Allah según señala Miguel Ángel Extremera.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.260.

creencias chamánicas propias del mundo preislámico y de las distintas hermandades religiosas o cofradías, conocidas como *tarikat* y que venían a designar el camino a seguir para llegar a Allah, y que se expandieron por el mundo rural y urbano. Normalmente la presencia en este último ámbito alertaba a la autoridad imperial, especialmente en el caso del predicador Ismail Masuki de la orden de los *melami*⁴² a principios del XVI, que defendió la negación de uno mismo, la austeridad como forma de vida y la aceptación del sufrimiento mundial, desdeñando las costumbres establecidas. No obstante, hubo otras cofradías que sí contaron con el beneplácito de las autoridades como la de los *bektasi* u otras que sorprendentemente llegaron a recoger aspectos cristianos de veneración y de sus festividades, siendo defendidas por Molla Kabiz⁴³ en 1527, quien afirmó públicamente la superioridad espiritual de Jesucristo. Cabe decir que esto no cambió la actitud de tolerancia hacia los cristianos. De hecho, siempre hay que contemplar la conflictividad entre el sultán y los seguidores del cristianismo en medida en que los mensajes emitidos por estos vienen a querer situar las Sagradas Escrituras y su contenido como inalterables al paso del tiempo, lo que viene a contravenir lo dictado por el Corán. Es decir, en el seno de la Edad Moderna se da un debate en torno a lo teológico en el que recíprocamente, cristianos y musulmanes pretenden situar su religión como la verdadera última, lo que a la postre precipita que, cuando los primeros busquen recurrir al recurso anterior viviendo en territorio musulmán sean reprimidos al amenazar el orden preexistente, de manera que atendiendo a lo expuesto, el cristianismo no es perseguido por el hecho de ser una religión distinta, sino que esa actitud hostil hacia él se da en circunstancias muy puntuales que conllevan la alteridad o la disonancia con lo recogido en el Corán. En línea con ello podemos sugerir que el libro sagrado por excelencia del islam actuaba paralelamente de alguna forma como lo hacen las constituciones de los Estados modernos europeos, a lo que se sumaba la compleja y extensa legislación otomana. Osea, el Corán, sustancialmente era una base del fundamento del poder del sultán que le legitimaba, de modo que ahora se nos esclarece más que ser un discurso teológico o una predicación distinta a la del islam, era necesariamente un ataque en toda regla a la autoridad imperial, lo que en consecuencia derivaba en prácticas autoritarias homologables a las de los monarcas absolutos propios de la Europa de la Edad Moderna

⁴²“Este ideal tuvo una acogida considerable en Estambul, la capital del imperio, e indudablemente conllevó la reacción de los Ulema que derivó en la ejecución de Masuki y de sus discípulos”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.260.

⁴³“Lo que supuso el enjuiciamiento del mismo y su ejecución”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.265.

que encabezaron contra sus súbditos. Estas prácticas abarcaban desde la pena de muerte como ya hemos mencionado, hasta el exilio como exemplifica el caso de la rama musulmana fanática de los espiritualistas conocidos como los Kadizade⁴⁴.

Aun así, como bien reconoce Extremera, de las pocas heterodoxias que lograrían despertar el alarmismo en el seno de la autoridad central sería la de los *Kizilbas* o “cabezas rojas” que más allá de distinguirse por empatía con el shiísmo y con el paganismo preislámico escondían un trasfondo de oposición al centralismo de la administración turca. En pocas palabras, existía una tolerancia religiosa amparada por la ley islámica de la *sharía* y si esa protección que esta otorgaba se vió vulnerada fue porque realmente se dieron una suma de elementos que constituyan una contestación al poder del sultán otomano.

4.2. Osmán II; la vuelta a los orígenes del imperio, primeros intentos de reforma del ejército y del sistema recaudatorio de impuestos

En resumen, el debilitamiento político se haría patente con el reinado de Mustafa I, momento que ahondaba en que la figura del sultán se había convertido en una marioneta de los jenízaros, concienciando a la autoridad imperial de que inevitablemente, la reforma del ejército otomano se convertiría en una necesidad latente que ya contempló el soberano Osman II (1618-1622) en su breve reinado, ya que pretendió llevar a cabo dicha reforma con la consecuente disolución del cuerpo de los jenízaros acompañada de una vuelta a los orígenes de las raíces turcas del imperio⁴⁵, que habían pasado a ser el centro de pugnas palaciegas por el nombramiento de sultanes, lo que le valió la organización de su asesinato por parte de los jenízaros, que junto con los ulemas, los burócratas corruptos, los gobernadores provinciales que se levantaron contra el sultán y los miembros dentro del propio seno de la familia imperial, propiciaron la decadencia que caracterizaría al imperio otomano en este largo siglo XVII.

⁴⁴“cuya orden de expulsión con destino a Chipre fue emitida por el gran Visir Koprülü Mehmed Pasha en torno a 1656”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.267.

⁴⁵“casándose para ello con la hija de una familia turca destacable”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.47.

4.3. Murad IV

El mandato de Murad IV (1623-1640) supuso algunos reveses en territoriales que se tradujeron en la caída de Bagdad en manos de los safávidas, así como el levantamiento de los tártaros del Khanato de Crimea, que sumada a los saqueos cosacos del Bósforo y a la revuelta del gobernador de la provincia de Erzurum, Abaza Mehmed Pasha, darían lugar al inicio de un reinado que con el tiempo asentaría el control del soberano⁴⁶, recrudeciendo las campañas con un sentido eminentemente defensivo frente a los persas, logrando recuperar las ciudades de Ereván y Bagdad, a través de la firmara del tratado de Kasr-i Sirin en 1639⁴⁷.

Tras la muerte del que sería el último sultán de la rama sucesoria de los osmanlís, le seguirá Ibrahim I (1640-1648)⁴⁸. Su gobierno, si bien contó con la lucidez de su visir Kara Mustafa Pasha, quien emprendió grandes reformas como: la estabilización de la moneda, la graduación de los impuestos, la fijación de un código de precios para el mercado y la subordinación de los gobernadores a la autoridad imperial, así como el castigo ejemplar a aquellos que habían desobedecido, el asesinato de este visir a manos de los jenízaros abrió una segunda etapa en el mandato de Ibrahim I, en la que sería manipulado por los mismos, reflejándose en el aumento desmedido de cargos públicos⁴⁹, lo que evidenciaba una vez más que la corrupción estaba por esta época a la orden del día.

Después del asesinato de Ibrahim I, orquestado una vez más por los jenízaros, y tras el gobierno de Mehmed IV (1648-1687), Hatice Turhan⁵⁰ en 1656 con la ayuda del visir Köprülü Mehmed Pasha, inauguran otro intento de políticas reformistas encaminadas a devolver la disciplina a la administración otomana, traduciéndose en la erradicación de la corrupción sistemática, que se hizo patente con la aplicación de una política austera que conllevó supresión de esa macrocefalia de cargos públicos así como la ejecución de aquellas personalidades que habían ejercido dichos puestos de confianza, lo que equilibró

⁴⁶“que reprimió dichos movimientos que socavaban el poder político del imperio osmanlí”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.48.

⁴⁷ “que establecería unas fronteras más o menos fijas entre ambas potencias con leves cambios”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.49.

⁴⁸ “que anuncia la llegada de la rama de los khanes, de la dinastía Giray”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.50.

⁴⁹“desde los 40.000 hasta llegar a los 100.000 en tan solo un año”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.50.

⁵⁰“su reinado marca la llegada de una dinastía de origen albanés”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.51.

la hacienda pública que se hallaba en bancarrota, lo que permitió al imperio otomano reiniciar la que serían los últimos coletazos de una acción ofensiva contra Europa.

4.4. Ahmed III y Mahmud I; final del aislacionismo e inicio del aperturismo político-cultural con Occidente

A partir de 1686, según señala Miguel Ángel Extremera serían años que reportarían duros reveses tanto por tierra como por mar para los otomanos, partiendo de la sucesión entre Suleyman II (1687-1691), Ahmed II (1691-1695) y Mustafa II (1695-1703), que tuvieron que confrontar a la coalición de la Santa Liga⁵¹.

El final del siglo XVII en la historia del imperio otomano supone en Europa la caída definitiva de Hungría en favor de los austriacos y el abandono de la esperanza de su reconquista tras la batalla de Zenta en 1697. Al mismo tiempo, Venecia comportará derrotas reseñables a los otomanos cuyas consecuencias derivaron en la pérdida de Morea, del Norte de Grecia, de la ciudad de Atenas en 1687 y en la derrota de Slankamen⁵².

En resumen, por primera vez el imperio otomano había sido testigo de cómo su ejército como elemento de disuasión militar ya no tendría la determinación operativa de los siglos anteriores, viéndose forzado a tomar parte de la diplomacia europea a través de la firma del Tratado de Karlowitz en 1699⁵³, lo que significó cuantiosas renuncias territoriales por parte de los turcos en beneficio ante todo de los Habsburgo, que se anexionarán: Hungría, Transilvania y Croacia. También supuso la partición de regiones entre Venecia y Rusia. Los primeros ocuparán la Dalmacia y Morea y el imperio ruso la fortaleza de Azov en el Khanato de Crimea, aunque la guerra contra Rusia se extendería en el tiempo.

A partir de la elaboración de este tratado, la postura del imperio osmanlí será solo defensiva frente al auge de las potencias europeas con la convocatoria de campañas militares dirigidas a la reconquista de antiguas provincias, o bien, a la estabilización de las mismas como resultado de la injerencia de naciones extranjeras⁵⁴.

⁵¹“formada por los Habsburgo, Venecia, Polonia y Rusia”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.54.

⁵²“batalla después de la cual los otomanos abandonarán la ciudad de Belgrado”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.54.

⁵³“que sancionó finalmente la expansión del Imperio de La Sublime Puerta en Occidente”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.55.

⁵⁴que apoyarán en muchas ocasiones los levantamientos de los gobernadores de dichas provincias que pretendieron fundar sus propios sultanatos independientes.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.56.

La alternativa a esa actitud defensiva de cara a la política exterior será la neutralidad que ya pretendió llevar a cabo Ahmed III (1703-1730) con Rusia, sabedor del poder creciente del imperio de los zares, aunque dicha pretensión resultó fallida cuando el rey de Suecia, Carlos XII al haber sido derrotado contra los rusos se exilió a territorio moldavo, aun controlado por los otomanos, quienes se negaron a entregarle, teniendo como consecuencia el inicio de un conflicto armado con Rusia entre 1700 y 1721 que se alió con el príncipe Rumano Dimitrie Cantemir⁵⁵.

Dicha escalada militar no tuvo grandes consecuencias para los otomanos, aunque sí que tomaron como precaución no volver a confiar a príncipes nativos de Moldavia y Valaquia el gobierno, siendo destituidos por destacables familias griegas asentadas desde hace generaciones en Estambul⁵⁶.

La guerra con Rusia se recrudeció ya bajo el gobierno de Catalina II la Grande, quien pretendía conquistar la capital turca para establecer allí una especie de nueva Bizancio de carácter ortodoxa, pero tuvo que centrar sus esfuerzos en afrontar la rebelión cosaca de Purgachov en 1773, pero posteriormente los rusos lograron la firma del tratado de Küçük Kaynarca⁵⁷, ya bajo el reinado de Abdülhamid I (1774-1789) Catalina II también centró sus esfuerzos en desgastar a la flota naval otomana del Mediterráneo para dar pie a la rebelión de Grecia, contando para ello con la ayuda de Inglaterra como contraofensiva frente al pacto entre Francia y el Imperio Otomano, que habían sido aliados tradicionales.

A partir de 1718 y 1730, Extremera identifica en el reinado de Ahmed III el renacimiento de la cultura otomana basada en el islam clásico, dejando atrás ese fanatismo religioso para hacer del imperio un proceso de aculturación profundo de Occidente cuyo gran desarrollador fue el visir Damat Ibrahim Pasa que supuso; la expansión y asimilación de la capital turca y de sus palacios, jardines y fuentes a semejanza de Versalles, aunque no obstante esa imitación no solo se basaba en el plano estético sino que el Imperio Otomano focalizó más su modernización aprendiendo de los modelos que inspiraron los ejércitos europeos, llevando a cabo para ello importantes reformas en el mismo pero a su vez propiciando una transformación de las ciudades que no se puede entender sin ir

⁵⁵ “vasallo de los otomanos para que el Zar Pedro I el Grande invadiese Rumanía, aunque sin éxito”.

⁵⁶ “con lo que estas regiones no presentarán inestabilidad hasta que se inicien los procesos de independencias en 1821”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.57.

⁵⁷ “que significó la desmembración efectiva de la península de Crimea del imperio turco en favor de la zarina. También, plena libertad de comercio en el Mar Negro para la potencia eslava”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.60.

acompañada de un cambio en las políticas económicas. Para ejecutar dicho plan de actualización de la administración central y de las estructuras productivas, Ahmed III estableció embajadas en las distintas capitales europeas, acompañado de un plan de restitución de estudios científicos y la revitalización de las *madrasas*.

Esto provocó, como bien reconoce Extrema, una gran reaccionismo entre los conservadores, ulemas y jenízaros (élites), partidarios del tradicionalismo, que depusieron al sultán y ejecutaron al visir Damat Ibrahim Pasa⁵⁸. Se trataba de dos posturas antagónicas que tendría una duración hasta llegado el siglo XIX: la más vanguardista abogaba por la modernización del imperio osmanlí, mientras que los más decimonónicos o “tradicionalistas” creían en la aplicación de la *sharía* en todos los aspectos de la vida cotidiana, chocando con la autoridad imperial, cuya respuesta no se hizo esperar con la llegada al poder de un nuevo sultán, Mahmud I (1730-1754), que mandó ejecutar a unos 7.000 jenízaros instigadores del levantamiento que había depuesto al anterior soberano y que se había cobrado la vida su visir.

Durante el gobierno de este monarca asistimos a la continuación de la actualización de la estructura del ejército otomano con la aportación de Bonneval⁵⁹, llevando a cabo la reestructuración del cuerpo de artillería en 1733, fundando una escuela técnica militar en Üsküdar, en Estambul.

El proceso de adaptación y de avance del Estado se desplazó al ámbito económico y fiscal, significando el saneamiento de la hacienda pública y el aumento notable de los ingresos en las arcas estatales, aunque ya en la segunda mitad del siglo XVIII, la pérdida de la influencia del poder central sobre las provincias dio lugar al surgimiento de familias locales conocidas como *ayan*, que actuarían de enganche en focos estratégicos de la economía, estableciendo al margen del poder imperial cargas impositivas al campesinado y a las rutas de comercio⁶⁰.

4.5. La “fiebre” del tulipán

⁵⁸“representante de ese movimiento turco de “los modernos”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.58.

⁵⁹“un francés que renegó de los servicios a la corona francesa para ponerse a disposición del sultán y que iba a reorganizar el cuerpo de artilleros”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.58.

⁶⁰“entorno al Cairo, La Meca, y en dirección a la capital del Imperio Otomano, controlando amplios territorios en calidad de regímenes casi autónomos”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.59.

El origen del tulipán, que sería la flor que daría lugar a la crisis económica en los Países Bajos en 1637 derivada de la obsesión con dicha planta, fenómeno conocido como tulipomanía, se sitúa en Turquía entre los reinados de Ahmed III y Mahmud I, coincidiendo con el periodo reformista en la historia del Imperio Otomano en el siglo XVII.

Este bulbo se de moda entre las élites otomanas del momento, y era un símbolo de distinción social, que ocupaba lugares idílicos en el hogar⁶¹, dotándolo de una imagen que proyectaba el lujo. El objetivo de cualquier estrato social elevado era hacerse con esta planta para denotar el prestigio de la clase social a la que pertenecía o para ennoblecer un linaje. Dicha práctica llegará a Europa como consecuencia del descongelamiento de las relaciones diplomáticas entre el continente europeo y los turcos, además de haberse producido por un intercambio cultural en consonancia con el final del aislacionismo del imperio osmanlí con la llegada al poder de Osman II, que significará en el ideario turco un renacimiento de la cultura otomana acompañado del desarrollo de grandes obras públicas como librerías, fuentes y plazas, aparejado de los cambios que irían encaminados a modernizar el ejército otomano, a introducir nuevos impuestos e incluso a permitir la llegada al territorio otomano de costumbres extranjeras.

5. Sociedad y Economía

5.1. Privilegiados, no privilegiados y meritocracia

Una vez recogidos los aspectos sustanciales en el espectro político de la Edad Moderna en el Imperio Otomano junto a los acontecimientos que los precipitan, con las figuras

⁶¹Con lo cual era habitual encontrarlos en los jardines de las casas de las familias más distinguidas.

intermitentes de los sultanes, que si bien en ocasiones como se ha mencionado, se dotaron de un poder absoluto, la falta de autoridad o el desentendimiento por el gobierno dio lugar a que otras alternativas se plantasen en el poder para suplir ese vacío que dejaban los emperadores otomanos, aunque cabe advertir que no solo estamos hablando de los hombres de gran confianza con quienes contaba el soberano, los visires, sino que también hay que reconocer como lo hace Miguel Ángel Extremera a las élites que rivalizarán con la autoridad imperial, es decir las élites o clases gobernantes conocidos como los *askeri*, grupo social al que pertenecían un importante conglomerado de cargos estatales como los burócratas, militares, los recaudadores de impuestos como lo eran los *shipai*⁶², los propios sultanes junto sus familias y puestos políticos de gobierno destacados como era el caso de los gobernadores provinciales a los que se les sumaban los jueces y docentes. A este estrato social de gobierno y de poder solo podían acceder los que eran musulmanes y los que podían contar con el favor del sultán, aunque durante largos periodos de tiempo primó la capacidad para ejercer dichos cargos y no tanto el origen étnico de las personalidades que ocuparon dichos puestos. La élite turca estaba exenta del pago de cargas impositivas, pero a pesar de ello hubo grandes diferencias dentro de la misma. Este grupo social minoritario contrastaba con el de los súbditos o *reaya*, cuya traducción literal es “el rebaño”, al que pertenecía el grueso de la población que estaba obligada a pagar impuestos, que incluían a los sectores dedicados a la industria, el comercio y la agricultura, independientemente de la religión, aunque es cierto que las diferencias religiosas también suponían el tributar una mayor cantidad de dinero sino se era musulmán para promocionar la conversión al islam, llevando a cabo una práctica del mismo modo como ya habían hecho otros sultanatos, emiratos y califatos del momento como lo exemplifica el Califato de Córdoba en la Península Ibérica.

Esta era la estructura que componía la pirámide social del Imperio Otomano, pero cabe decir que la sociedad otomana a pesar de guardar similitudes con la Occidental, se distinguía principalmente de los países europeos por sustentarse a su vez en el principio de la meritocracia, elemento que no tuvo gran presencia en las sociedades europeas, en las que los estratos sociales eran prácticamente inamovibles, siendo impensable cualquier posibilidad de ascenso social desde los estratos más bajos hasta alcanzar la nobleza, algo

⁶²“quienes actuaban como funcionarios a su vez supervisando que las tierras fueran bien cultivadas”.
EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.160.

que sí sucedía en el caso de la sociedad turca. En ella el ascenso social venía dado sobre todo por el mérito profesional y las cualidades extraordinarias del individuo que, al servicio del poder imperial, lo ampliaban o bien lo lograban hacer incontestable, trabajando al servicio de la administración estatal. La oportunidad de ascender se debía a diversos motivos como: el establecimiento de lazos personales con el sultán o con otras clases de condición social alta; a través de las levas militares forzosas; y haber nacido en el seno de una familia de clase privilegiada e ir paulatinamente ascendiendo de posición. Un buen ejemplo del ascenso social mediante el reclutamiento forzado, conocido como *devsirme*, sería el caso del visir de Selim II, Sokollu Mehmed Pasha, de origen serbio, que tras verse sometido a dicho proceso pasaría a ser uno de los mejores casos de la meritocracia turca, llegando a desempeñar puestos exclusivos de las élites antes de acceder al cargo de Gran Visir, ocupando ininterrumpidamente el marco administrativo y militar del Estado como señala el historiador Miguel Ángel Extremera durante el gobierno de tres sultanes: Solimán el Magnífico, Selim II y Murad III.

También es reconocido como un caso de meritocracia el de otro visir otomano digno de mención al servicio de Solimán I, Ibrahim Pasha (1493-1536), quien sería gran amigo de la juventud del sultán y cuyos orígenes se sitúan en el seno de una familia de pescadores de una localidad griega. Sería apresado por unos piratas turcos y posteriormente comprado por una pudiente dama otomana, ambiente en el que pronto destacaría su inteligencia y amplios conocimientos que captaron el interés de Solimán I, que por entonces ejercía el título de príncipe, gobernando la ciudad de Manisa, nombrándolo como su segundo y concertando el matrimonio de Ibrahim Pasha con su hermana. Además, sería el responsable de difundir la imagen propagandística del sultán, teniendo mucho éxito en su desarrollo.

En pocas palabras, el acceso al gran escalafón social venía determinado al ser musulmán, siendo este el primer requisito indiscutible para ejercer dichos puestos de responsabilidad, quedando en un segundo plano las raíces étnicas de quienes desempeñaban dichos cargos del Estado Mayor o Menor, y primando la habilidad, inteligencia y capacidad para ocuparlos, así como la obediencia absoluta a la autoridad imperial. No obstante, como medida de prevención, raramente los sultanes permitieron que una familia local poderosa asociada a una etnia en concreto acaparara todos los puestos relevantes de la administración, para que su presencia no pudiera contestar el gobierno del sultán, dándose

por lo tanto un reparto amplio de los cargos de responsabilidad entre distintas etnias y familias acomodadas.

5.3. Población urbana y rural

Para el estudio de la vida urbana y rural, así como el de la actividad económica ligada a ambos espacios, acudiremos a las aportaciones de los otomanistas Suraiya Faroqhi, Bruce McGowan, Donald Quatetaert y Sevket Pamuk, quienes apuntan la complementación de dos mundos que guardan una gran correlación entre sí, pero que del mismo modo conservan particularidades que los distinguen. En cuanto a esas similitudes estos historiadores reconocen que tanto los núcleos rurales como urbanos no terminaban por vivir en un régimen de autonomía, así como tampoco de dependencia respecto al gobierno central, sino que quedaban asignados en una tercera categoría de semi-dependencia⁶³.

Lo cierto es que Estambul fue la única ciudad con un control efectivo por parte del sultán, teniendo por consecuencia que en otras ciudades de provincias fueron las élites urbanas de los ulemas, los recaudadores de impuestos y los comandantes jenízaros los que progresivamente fueron ganando el control de las mismas. La tarea de mayor responsabilidad para los administradores de estos distritos rurales y urbanos fue la protección de la comida y garantizar al abastecimiento de materias primas, así como cumplir con las demandas incessantes del poder central, que requería la entrega de un porcentaje establecido de productos de cosecha en forma de impuestos o en especie, gravando para ello de antemano el precio máximo que los mismos podían adquirir en el mercado, contando con el apoyo expreso de inspectores. En línea con esto cabe decir que la cantidad requerida por la administración imperial no se facilitaba fielmente, siendo los notables locales y los oficiales de la región los causantes de ello, demostrándonos cómo el poder central tuvo limitaciones para imponer su autoridad fuera de la capital osmanlí. En cuanto a los asentamientos rurales se caracterizan por expandirse entorno a; una mezquita con uno o dos alminares, una fortificación situada en altura y el centro de negocios y mercado. Además, estos alcázares o fortificaciones contaban con un batallón de soldados para salvaguardarlos y una prisión, en cuyo distrito se situaban las viviendas

⁶³Tanto si nos referimos a los poblamientos en los Balcanes como en Anatolia, a pesar de que se ha extendido la creencia de que las zonas urbanas y rurales estaban directamente administradas por el gobierno imperial.

más caras, donde a su vez vivían los gobernadores, siendo el lugar de residencia oficial de cargos destacados.

En cuanto a la importancia de la localización geográfica de dichos pueblos y su importancia venía dada en medida en que coincidían con las rutas comerciales de caravanas que pasaban por estos asentamientos, pasando por enclaves urbanos medios hasta llegar a las grandes ciudades del Imperio Otomano: El Cairo, Alepo, Alejandría, Damasco, Bursa, Edirne, Túnez, Argel, las rutas en dirección Oeste-Este en los Balcanes que terminaban en Estambul y el recorrido de estos carromatos que hacían en doble sentido hacia Irán desde las provincias otomanas del Este, adentrándose ya en el Asia profunda. Estas poblaciones rurales contaban además con administradores que se encargaban de frenar el deterioramiento de los edificios mediante un cuidado constante, ya que eran habituales los incendios que los destruían y que hacían que estos pueblos sustentados por fundaciones pías religiosas islámicas fueran difíciles de reconstruir por estas mismas organizaciones por la falta de fondos, dándose el caso de que esas propiedades pasaban a ser concedidas por rentas bajas para que quien quisiera las restaurase⁶⁴. En consecuencia, esto daba lugar a un costoso y extenso proceso de reedificación en el que como se ha mencionado, significaba el cambio de tenencia de estas estructuras, que se veían posibilitadas por la inversión del capital de clases pudientes procedente de las ciudades.

Otro aspecto en el que debemos fijarnos es en el trazado de los poblamientos tanto urbanos como rurales, que son un buen indicador de la estructura social que los componen, sobre todo si prestamos atención a la división en distritos según la riqueza y la etnia a la que se pertenecía, aunque respecto a esto último cabe decir que no consistía en una práctica dirigida a la discriminación⁶⁵, pues fue habitual resituar a minorías como la cristiana en viejos pueblos anteriormente habitados por los musulmanes, que también compartieron espacios con ellos en las grandes ciudades de Rumelia y en la propia Estambul.

La segregación iba determinada ante todo por el nivel de riqueza de la que se disponía, habiendo etnias en zonas urbanas mejor situadas que otras no musulmanas como sucedía

⁶⁴Lo que conllevaba que dichas fundaciones renunciasen al régimen de tenencia de las mismas.

⁶⁵En este sentido a pesar de que la administración central dictaba la separación de distritos musulmanes de los que no lo eran, la realidad fue que la aplicación de este reglamento fue bastante laxa, permitiendo el contacto entre diferentes etnias y religiones.

en El Cairo y Ankara, donde a su vez encontramos distritos que tendían a agrupar a la gente pobre.

Otros barrios acogían exclusivamente a los puestos de negocios de artesanos, sus talleres, a comerciantes y a sus tiendas, produciéndose en la sociedad otomana una clara separación entre vivienda y el lugar de trabajo, contrariamente a cómo sucedía en la Europa del momento, donde el taller se situaba en la calle y las plantas superiores los habitáculos destinados a acoger a la familia. Esta subdivisión en distritos tenía una función preestablecida, pues a cada uno le correspondía el cumplimiento de una normativa elaborada para esos barrios⁶⁶, que asumían la obligación del pago de unas cargas impositivas que se extendían variablemente dependiendo de la etnia y de si eran musulmanes. En este sentido, al igual que el resto de las sociedades islámicas que la precedieron, la otomana centró su recaudación tanto en musulmanes como en cristianos y judíos, pero estos últimos tuvieron que afrontar la imposición de impuestos más altos, aunque ello no impidió que dentro de estos grupos no musulmanes existieran ricos y pobres.

En lo que se refiere a las viviendas tanto en mundo urbano como en el rural se aprovecharon para su levantamiento materiales de gran disponibilidad como la piedra, incluso en el caso de los hogares de las familias adineradas, aunque es cierto que el tipo de construcción que tuvo una influencia definitiva en la tipología⁶⁷ de los edificios sería la de Estambul ya en el siglo XVII, que irradiaría a otras grandes ciudades de los Balcanes y de Anatolia donde las casas contarían con una planta superior decoradas con numerosos balcones.

En línea con el mundo urbano y los poblamientos en zonas rurales cabe señalar como lo hacen los otomanistas, la imposibilidad de disociar los conflictos sociales y políticos que se suceden sobre todo en el primero, protagonizado por los nobles locales como los mamelucos, otros militares y los jenízaros que rivalizan con la administración estatal para percibir mayores riquezas en forma de impuestos a las granjas, a artesanos y a los comerciantes, siendo esta práctica bastante común en el Delta del Nilo, región en la que

⁶⁶Se obligaba a vestir de una determinada manera y se vetaba o no el acceso a la posesión de determinados bienes.

⁶⁷La influencia de la construcción siria también se hizo patente, creando la frontera entre dos estilos distintos de edificación, extendiéndose al mismo tiempo por el centro de Anatolia.

la respuesta del gobierno central fue tratar de impedir que estas élites locales cobrasen cargas impositivas extraoficiales, con lo que se consolidó una alianza entre la administración imperial y los sectores productivos para evitar que se dieran los abusos de esas aristocracias ante todo paramilitares, que actuaban como enganche estratégico de las rutas comerciales y de los negocios como auténticas facciones que se extendían a su vez por Siria, en Damasco y Alepo, aunque la situación en esta segunda ciudad cambiaría con los descendientes del profeta Mahoma, que actuarían para este siglo XVII como el contrapeso de esas milicias erigiéndose como la primera fuerza del lugar.

Esta sería la causa de las continuas hostilidades que encabezarian estos nobles locales contra la autoridad imperial, que se saldaría en no pocas ocasiones con las conspiraciones que derivarían en el asesinato de sultanes o en la deposición de estos para ser nombrados por los jenízaros, los ulemas y notables provinciales con la finalidad de que sus intereses de clase no se vieran perjudicados por el centralismo político.

En resumen, tanto las ciudades como los pueblos relevantes que conectan con focos de la economía estratégicos, tanto para el poder central como el local son el escenario de luchas de clase para buscar la preeminencia sobre el otro y al mismo tiempo se definen por ser espacios de sociabilidad y el germen de espacios culturales que constituyen la identidad multiétnica del Imperio de La Sublime Puerta.

5.4. Rutas comerciales a lo largo de los siglos XV-XVIII

Probablemente cuando estudiamos el Imperio Otomano se nos haga imposible no asociar a este ente político como una gran potencia caracterizada en gran medida por el comercio tanto a escala local como internacional, con una diversidad de rutas terrestres y marítimas que llegaron a muchos de los rincones de este vasto imperio que dominó el Mediterráneo durante gran parte de la Edad Moderna así como los flujos económicos del Norte de África (El Cairo, Túnez y Argel), pasando por la zona del Levante (Siria) hasta adentrarse en el Oeste de Asia, en la frontera con Irán y en el golfo pérsico.

En este sentido, distinguimos por un lado el comercio interprovincial, llevado a cabo por musulmanes y el exterior dominado por minorías cristianas que atracaban en los puertos de los estados europeos para comercializar sus bienes. Ese comercio entre provincias del

sultanato tenía una doble escala⁶⁸. Buen ejemplo de ello fue la capital del imperio, Estambul, que más que ser un foco de economía externalizante requería de una continua importación de productos procedentes de la Grecia continental (lana, algodón, trigo, aceite de oliva, vino, tabaco, cerdos, caballos, y ganado en general) y los Balcanes, como de la Península de Anatolia (seda y frutos secos) cuyas rutas comerciales conectaban con el Oeste asiático, con el Levante (pieles y seda), a su vez con Egipto (algodón y arroz) y con Túnez, donde se extraía el grano que iría directo a la capital otomana junto con el del Bósforo. Estambul había sido el puesto comercial de mayor importancia en el Mediterráneo, pero tras la llegada de la Revolución Francesa sería el puerto de Trieste⁶⁹, pero ello no cambió que la vieja capital turca dejase de importar más de lo que exportaba. Es decir, por consecuencia tenemos que la existencia de tantos flujos comerciales requería un dominio incontestable de todas esas rutas, pero las marítimas lo exigieron especialmente, de manera que cuando asistimos al declive otomano sobre la hegemonía de las aguas del Mediterráneo, incluso de las más controladas en el Este, vemos como el Imperio Otomano frente al incremento de corsarios cristianos que rebasaba en número al de los turcos, prefirió garantizar la seguridad de las materias primas a través del que sería su mayor socio y aliado comercial en el siglo XVII, Francia, quien transportaría dichos productos otomanos entre las provincias del sultanato osmanlí bajo bandera extranjera⁷⁰. Sería ya con la llegada del siglo XVIII cuando el comercio turco se resentiría a partir de 1740, fecha en la que su moneda experimentaría la caída de la mitad del valor que tenía dos siglos atrás, coincidiendo con la subida general de los precios en Europa entre 1700 y 1740 y la consolidación de un peso definitivo en el mercado internacional de las rutas del Atlántico y el retroceso del total que representaba en términos absolutos el comercio del Levante, que pasaría a convertirse en un mero mercado de exportación de excedentes otomanos sin procesar.

Es decir, a partir de estas fechas el Imperio Otomano empieza a tomar parte en el mercado internacional, siendo un periodo en el que se asumiría el crédito y actuando como destino de los bienes coloniales procedentes del Nuevo Mundo, cuyos precios eran mucho más asequibles que los otomanos para el consumidor, propiciando que paralelamente se

⁶⁸Pues al mismo tiempo que estaba destinado a abastecer a poblamientos aislados del mundo urbano pero estratégicos por su posición geográfica, también a las grandes ciudades del imperio osmanlí cuya relación con el mundo rural era indispensable para los mercados de estas.

⁶⁹En el Mar Adriático, quién lo relevaría.

⁷⁰Una estrategia que logró ser muy eficaz para frenar el avance de la piratería que tan amenazante se había vuelto para el comercio turco.

desarrollara una economía basada en la explotación de la mano de obra esclava para integrar ese incipiente comercio colonial contraponiendo las ventajas sobre los costes como un nuevo balance económico que adoptarían de los europeos⁷¹.

Aun así, los socios comerciales europeos de los otomanos no dejaron de tener un papel destacado como importadores de materias primas, siendo los británicos (por la seda iraní), los alemanes y los franceses (por el algodón) además de los holandeses⁷². Es decir, asistimos a un siglo en el que sobrevive un comercio regional entre provincias del imperio osmanlí en el que la lana, las pieles de confección turca, el tabaco de Macedonia y Latakia y la oliva se siguieron exportando como en siglos anteriores, pero los otomanos se convirtieron más que nunca en importadores de bienes europeos de calidad superior como la porcelana, el papel, medicinas, textiles de lana procedentes de Languedoc y de Lyon así como de otras curiosidades y productos que dan lugar a un comercio eminentemente de lujo en el que a partir de 1720 Francia sustituyó a Inglaterra como socio comercial prioritario del Imperio de La Sublime Puerta adaptando mejor sus textiles al comercio del Levante⁷³, siendo un acto de contestación a la creciente hegemonía de Inglaterra sobre las rutas del Nuevo Mundo. La estrategia empleada por los ingleses y los holandeses frente a esto fue confiar en el comercio de intermediarios, siendo estos los griegos, los judíos y los armenios para contestar a ese acuerdo que había sido firmado entre los franceses y los turcos en 1740 por el que Francia pasaba a tener la consideración de nación más favorecida en aspectos comerciales, ganando el derecho del pago de aduanas hasta del tres por ciento, frente al diez que solían tener que asumir los extranjeros, pero la situación cambió con la llegada de la Revolución francesa en 1789, siendo los alemanes los que sustituyeron dicha presencia. Esto se unió a la cada vez más habitual integración del comercio marítimo otomano en las redes financiación que fueron promovidas por la banca desde Venecia, Vienna, Livorno, Genoa y Ámsterdam, aunque paralelamente los mercaderes y barcos turcos quedaron apartados del comercio del Nuevo Mundo, en el que no tuvieron ningún rol reseñable.

Solo las rutas de caravanas a mediados del siglo XVIII que conectaban con las provincias más al Este (frontera con Irak) del Imperio Otomano a través de Siria (Alepo)

⁷¹Esto supuso que las provincias otomanas fueran progresivamente involucradas involuntariamente en el mercado internacional por la preeminencia de las rutas de América y las de Asia desde la circunnavegación de África por parte de los portugueses.

⁷²Que tenían grandes intereses en el puerto de Izmir.

⁷³Lo que significó que entre 1720 y 1760 las exportaciones inglesas a esta región se retrotrajeron a la mitad mientras que las de Francia se habían cuadriplicado.

mantuvieron su relevancia en el comercio internacional a pesar de la presencia de comerciantes del Oeste de Europa en el Golfo Pérsico. No obstante, a partir de entonces encontramos un descenso en la producción de manufacturas que directamente fue asociado al descenso del comercio turco.

En este siglo se confirma el relevo de Europa como eje económico a nivel internacional, denotándose un retroceso en la gran capacidad de coerción fiscal del estado otomano sobre el continente europeo como había sido sucedido en el siglo XVI, afectando a su vez a la estructura y financiamiento del ejército turco⁷⁴, y cuya situación se canalizó a través de las amplias reformas que se llevarían a cabo en este largo siglo XVIII, que ya anunciaba que comenzaba una nueva etapa en la historia del sultanato que no consistiría en la contienda por la hegemonía internacional, sino en la lucha por la supervivencia, compartiendo hasta cierto punto dicha situación en el mismo siglo con la España de los Borbones. En pocas palabras, el Imperio Otomano es desbordado por el fenómeno de la globalización mediante los mercados internacionales conectados a través de la bolsa y por la progresiva industrialización de Europa como consecuencia del auge de las rutas atlánticas, viendo su moneda devaluada y desplazada por otras más potentes, y ya en el siglo XIX, por las asiáticas, siendo la respuesta de la administración central un intento de acercamiento a esa dinámica globalizante con el fin de modernizar la ambigua estructura del estado y superar la naciente conflictividad social desde la muerte de los sucesores de Solimán El Magnífico y que se prolongaría hasta bien entrado el S.XVIII, cuya clase política cercana a los sultanes, sobre todo los visires, ya desde finales del XVI contemplaron la necesidad de reforzar la autoridad real y paralelamente de encabezar reformas económicas dirigidas a actuar como una válvula de escape a ese confrontamiento que comportaba intereses sociales de las élites y a la vez las demandas de estratos subalternos de la sociedad dirigidas al sultán para que impidiese el abuso que los primeros practicaban sobre los pequeños comerciantes, artesanos y campesinos, gravándoles impuestos extraordinarios a los establecidos por la administración imperial.

Es decir, el mercado turco sufrirá un desplome cuanto menos notable en este siglo, manteniéndose en vigor más o menos e inalteradas el valor de las rutas comerciales dirigidas a la importación y exportación de esclavos, siendo el esclavismo un elemento

⁷⁴Que inevitablemente vería limitada su acción ofensiva y la constitución de fuerzas armadas que pondrían en riesgo la integridad del ente político osmanlí.

que desde los albores del Imperio de La Sublime Puerta tendría protagonismo como fenómeno generalizado sustentador de una parte importante de la economía hasta el siglo XIX a través de la “*devşirme*”⁷⁵, consistente en el secuestro de niños, normalmente procedentes de los Balcanes, del Cáucaso, de África del Norte y Oriental y de Europa del Este (Polonia-Lituania y el Kanato de Crimea) llegando a Estambul gran número de ellos desde el Mar Negro y desde las partes más Occidentales del Mediterráneo, así como en la franja fronteriza con la Persia de los safávidas a través de las *razzias* o aplicando dicha política a minorías de otras religiones que vivieron en las provincias del imperio turco, sobre todo en las regiones más septentrionales y cercanas al corazón de Europa.

Este mercado de la esclavitud movilizó grandes cantidades de dinero, por lo que fue gravado con impuestos por la autoridad central para la exportación e importación de esclavos.

El valor de los esclavos variaba según el color de piel, la raza, la edad⁷⁶, y a su vez dependiendo de la formación de los mismos y de la finalidad para la que se los pretendiese, suscitando especial interés las jóvenes europeas convertidas en esclavas sexuales y varones cristianos de corta edad que serían reclutados en el cuerpo militar de los jenízaros para en el futuro ser destinados a las campañas en suelo europeo con el fin de saquear y de disponer de mano de obra esclava⁷⁷.

Aun así cabe decir, como se ha mencionado anteriormente, que la mayor parte de las fuerzas del ejército turco serían reclutadas a través de la *devşirme*, llegando a ocupar cargos de gran relevancia, pues los factores que determinaron la meritocracia en la sociedad otomana fueron ante todo las habilidades y capacidades para desempeñar puestos de relevancia notable como bien ejemplifica la figura del jenízaro Sokollu Mehmet Bajá.

En resumen, tenemos que solo con la llegada del siglo XIX, hay un coto real a la esclavitud como consecuencia de la influencia de la mentalidad europea, con lo que sería el sultán Mahmud II en 1830 quien decretaría la libertad de esclavos blancos para no tener que ampliarla a otros sectores de la población no cristianas y que tuvieran otras religiones que no fuesen la islámica. En consecuencia, no sería hasta 1871 cuando se empezaría a

⁷⁵Una práctica cuya traducción literal es “el impuesto sobre la sangre”.

⁷⁶Entre los 10 y 35 años se situaban los precios más caros.

⁷⁷Como ejemplo tenemos el caso de Mehmed II, quien tras conquistar Constantinopla en 1453 mandó esclavizar y vender a toda su población.

sancionar la trata de seres humanos, aunque distinguiendo siempre entre etnias de menor a mayor consideración, junto a lo que se unió la astucia de quienes se apoyaron en la aplicación de la *sharía* y en las declaraciones del profeta Mahoma para continuar con las prácticas esclavistas. No sería finalmente hasta Conferencia de Bruselas en 1890, bajo la presión europea y con otros dieciséis países cuando se comprometería a abolir definitivamente la esclavitud y cualquier forma de organización servil, pero ello no evitó que con la llegada del S.XIX, coincidiendo con los genocidios organizados por la administración turca, que se dieran casos de venta de esclavos.

5.5. El “vakif”

Tal y como reconoce Miguel Ángel Extremera las élites otomanas incluyendo a los sultanes, formaban parte de una institución que es básica para comprender el funcionamiento de la economía y el devenir de la conflictividad social turca, el *vakif*. Este aglutinaba todas las posesiones⁷⁸ de la élite, los *askeri* y tenía dos finalidades muy claras.

En primer lugar, dicha institución favorecía que el individuo detentador de sus riquezas viese que estas no serían susceptibles de ser expropiadas⁷⁹ por orden del sultán, aunque no actuaba como salvaguarda si se requería el cumplimiento de una condena en firme por desacato, es decir, la condición de esos bienes sería inalienable e inviolable, con la que la jurisdicción de los mismos sería administrada en todo momento por sus dueños en calidad de propiedad privada, siendo una manera de limitar la acción de la autoridad imperial.

La segunda razón de la existencia del *vakif* sería procurar evitar la dispersión del patrimonio familiar a través de estas fundaciones pías, para sortear el derecho islámico igualitario que promulgaba la repartición proporcional de la riqueza entre los sucesores, estableciendo siempre la herencia de los bienes en los varones por parte paterna de hijos a nietos, siempre teniendo como prioridad al más mayor.

Cabe decir que el límite de estas instituciones fue determinado únicamente por la capacidad de la riqueza de quienes las fundaron, no hubo ningún tipo de obstáculo por parte del gobierno central, de hecho las élites turcas aprovecharon al máximo sus buenas

⁷⁸“tiendas, madrasas, mezquitas, comedores públicos, hospitales, baños, propiedades agrarias y casas”. EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.186.

⁷⁹“La abolición de las ejecuciones y confiscaciones de bienes solo se llevaría a cabo por un decreto imperial en una fecha tan tardía como la de 1839”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.186.

relaciones con el sultán para adquirir tierras de realengo o timar que pasarían a ser suyas a titularidad privada⁸⁰ con el beneplácito del emperador, siendo enormes los beneficios que otorgaban los *vakif* por la inmensa cantidad de excedentes que generaban. De hecho, tal fue que así, que muchos se dedicaron a la concesión de créditos, actuando como la banca.

Esta institución fue realmente conservadora, pero al mismo tiempo liberalizadora, pues sus miembros dispusieron del marco de acción del que quisieron dotarse aprovechando su alta condición social y a ella tuvieron acceso mujeres pudientes que a su vez pudieron fundar nuevas *vakif*, siendo su presencia especialmente notable en Alepo y en Siria.

3.2. La educación; difusión de la ciencia y la cultura

Cuando hablamos de los innumerables conocimientos y avances aportados por el mundo del islam no cabe desechar en ningún momento el papel desempeñado por los otomanos, que si bien contribuyeron a la ciencia fueron desde un punto de vista disciplinar destacados más como maestros que como científicos, aun teniendo en cuenta su gran formación en ciencias como la astrología, la aritmética, la geometría y el álgebra. Esto se debe a la estructura del sistema educativo otomano, que divide la enseñanza en dos bloques. El primero, denominado como *mekteb*⁸¹ se corresponde con una educación primaria, donde se aprendía a escribir y a leer en árabe mediante textos y fragmentos del Corán, tal como lo hicieron muchas otras civilizaciones islámicas del momento. Tras este primer ciclo formativo, la mayor parte de la sociedad terminaba su formación académica para centrarse en los oficios vinculados a la familia, con lo que dicho esto podemos deducir que las tasas de analfabetismo serían altas al igual que sucedía en Occidente. El segundo bloque designaba una institución superior de educación, bajo el nombre de la madrasa⁸² o *medrese* (en turco). Este nivel formativo fue de gran importancia y tuvo una continuidad notable hasta el primer cuarto del siglo XX como afirma Extremera. La madrasa⁸³ fue comparada por algunos con las universidades europeas del medievo, y con

⁸⁰“tras esto, se podía fundar fácilmente un *vakif* con esas tierras”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.187.

⁸¹“y que se desarrollaba en un periodo estimado de entre cinco y seis años en el interior de una mezquita”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.191.

⁸³EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.191.

las de la Edad Moderna, aunque este último aspecto ya es algo exagerado porque dicha etapa en la Historia marca, como es sabido, el estancamiento del desarrollo científico en Oriente, donde se sobrepone la religiosidad a la razón, mientras que en Occidente se producirá el fenómeno a la inversa, despertando de esa especie de letargo en el que, razón y religión ya no irían más de la mano en los siglos venideros, pero sus ventajas eran plenas al estar establecidas las madrasas como instituciones benéficas, con lo que la educación era gratuita, a lo que se unían las necesidades de los estudiantes, a los que se les facilitaba alojo y cocinas públicas, cuyos gastos corrían a cargo de la administración. Sobre todo, el avance de estas escuelas se produjo paulatinamente a los procesos de conquista del Imperio Otomano, y se establecieron simultáneamente en aquellos territorios conquistados como identifica Extremera en Constantinopla, cuando después de su caída, su conquistador Mehmed II, ordenó levantar hasta ocho madrasas en la que sería en nuevo centro político turco. Dicha práctica fue bastante común y la podemos ver en muchas otras regiones del imperio de reciente ocupación, que vivieron el mismo fenómeno.

En este nivel superior de educación de las madrasas podemos todavía situar una mayor exclusividad de formación si atendemos a las élites gobernantes y a la familia real del sultán. Este escalafón, instruía en los conocimientos más elevados en ciencias de la religión islámica, contemplando principalmente el derecho vinculado al Corán. En definitiva, había un ranking de madrasas que contemplaban en todo momento el estatus de sus miembros, así como una reputación de mejor consideración en función del nivel de formación del profesorado, como bien lo fueron las fundadas por Solimán el Magnífico en el siglo XVI en torno a la mezquita Süleymaniye, en Estambul.

A pesar de la incuestionable calidad de enseñanza, la misma fue experimentando un claro retroceso⁸⁴ a partir de la segunda mitad del siglo XVI, hasta llegar a 1580, donde la presión de los ulema logró su desaparición definitiva, quedando los cargos de profesorado a disposición de esta clase privilegiada, con lo que el acceso al dichas plazas se determinaba en función de la vinculación a las familias ulemas, es decir, el ejercicio de dicho oficio dejaría de estar asociado a la preparación y competencia de los docentes, comportando inevitablemente la decadencia del sistema educativo otomano, que pasó a tener preminentemente un perfil centrado en el estudio de los textos sagrados.

⁸⁴“Este ciclo superior no obstante como se ha señalado que ocupaba un perfil más focalizado en el ámbito docente que en la investigación propiamente dicha”.

⁸⁴“periodo en el que se inicia la eliminación casi total de los currículums docentes de las “ciencias racionales”.

EXTREMERA, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.195.

3.3. Conductas en relación al sexo

Otros aspectos fundamentales que caben estudiar son las actitudes en relación a la sexualidad, lo que nos es útil para observar sobre qué mentalidades se pretendía construir la sociedad otomana, y por lo tanto, sus roles de género unidos a otras prácticas que fueron reguladas por la ley islámica o *sharía* y por el *kanun* otomano como bien señala Extremera. A partir de aquí la legislación turca contemplaba la prostitución y la homosexualidad como actividades prohibidas, aunque lo cierto es que las autoridades fueron bastante laxas, considerando de naturaleza ordinaria a las mismas. El sexo era gran parte del eje de la sociedad otomana, no solo porque garantizaba la reproducción del orden social existente sino porque tenía en sí un trasfondo cultural cuyo impacto venía dado por obras literarias como la escrita por el ulema Mehmed Gazali, bajo el título de *Dafi'ul gumum ve rafi'ul humum*, cuyas páginas dedicó a mostrar diferentes técnicas de masturbación, y en otro dirigido exclusivamente a las élites, conocido como el *Risale-i Garibe*, las buenas conductas en relación al sexo. Es decir, la sexualidad, como en otras civilizaciones se pone al servicio de la legitimación del poder de unos privilegiados sobre el resto, por eso se encontramos ese afán por distinguir también en lo sexual a los que ejercen el gobierno o a los que son próximos a él. Por ende, ello justifica la presencia de manuales sexuales y de poesía cuya temática eran las relaciones homoeróticas entre jóvenes y adultos, convirtiéndose en todo un tópico literario más que habitual en la época y que se extendió al teatro popular protagonizado por marionetas, lo que causó un gran escándalo a ojos de los europeos que concurrieron el imperio de La Sublime Puerta. En este sentido la corporalidad adquiría sustanciación espiritual y otra de dimensión sexual. La primera establecía que la contemplación de un cuerpo joven⁸⁵ era la admiración⁸⁶ por el culmen de la creación de la divinidad y la meditación sobre ello según la herencia persa del sufismo medieval suponía un acercamiento a Allah.

En resumen, la homosexualidad tuvo una gran presencia y aceptación en el sultanato otomano, pero a medida que nos vamos adentrando en el siglo XIX esa percepción cambia

⁸⁵“al-nazar ila al-amrad”.

EXTREMERÀ, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.283.

⁸⁶“Aun así, los ulemas manifestaron su desconformidad bajo el pretexto de que esa fascinación iba mucho más allá de la mera observación, dándose el contacto físico”.

EXTREMERÀ, Miguel Ángel, “La civilización otomana (1300-1800)”, p.283.

y comienza a estigmatizarse dicha práctica debido a la influencia de Europa en el imperio osmanlí.

Conclusiones

Como reflexión final tenemos que indudablemente la huella del Imperio Otomano en el Mediterráneo y en la Europa continental fue innegable, contando con un gran y complejo aparato estatal que al servicio del sultán se apoyó en la figura de los visires para llevar a cabo con éxito el expansionismo militar que caracterizaría al sultanato osmanlí hasta bien entrado el siglo XVI, periodo después del cual asistimos a una pérdida progresiva de la eficacia y autoridad de la administración imperial en favor del auge de élites locales y el cuerpo de los jenízarios, que competirán a nivel social y económico con la misma, inaugurando etapas de mayor inestabilidad política que serán aprovechadas por los enemigos de los turcos para debilitar el dominio de estos en Europa central y en las provincias de Asia más alejadas de la península de Anatolia, que paralelamente logran liberalizar el comercio internacional con las rutas conectadas con el Nuevo Mundo, escapando así del cerco de presión que ejercían los otomanos sobre los estados cristianos del momento, aunque ello no impidió como se ha dicho anteriormente que los franceses y los venecianos tuvieran un trato de favor destacado sobre el resto de naciones del momento, por lo que no podemos hablar de un bloqueo total, sobre todo teniendo en cuenta que el intercambio cultural entre Occidente y Oriente fue más que habitual.

Bien es cierto que la actitud del Imperio Otomano fue una vez más la que consecuentemente habían llevado la mayoría de los sultanatos que sucedieron al primer imperio musulmán, articulando la sociedad a través de la ley islámica o *sharía*, que aunque contemplaba la protección de minorías como los cristianos y los judíos así como de sus ritos y costumbres, en la práctica se pretendió diferenciar los espacios asignados a cada etnia, identificando a cada una a partir de determinadas vestimentas y con el veto a portar ciertos objetos o armas, lo que nos indica que la voluntad del imperio turco fue también la de promocionar la conversión al islam de estos diversos contingentes de población y relegar sus prácticas religiosas a un espacio concreto, con lo que podríamos achacar el problema de segregar a la sociedad otomana en función de las creencias al propio islam más que a la legislación turca, lo que explicaría ese aislacionismo

predominante hasta el siglo XVII para evitar el contagio de ideas que alterasen el ideal de sociedad islámica del que hablaba Mahoma. Estos principios del último profeta solo se verían afectados con el avance cristiano en territorios que siempre habían pertenecido al imperio osmanlí, lo que causó un gran impacto psicológico en las élites turcas, pues solo se había concebido la difusión del islam mediante la *yihad*, y no que los musulmanes fuesen conquistados por los cristianos tal y como estaba sucediendo, seguido de otro elemento que resquebrajaría la sociedad turca: el progresivo avance hacia la globalización y la necesidad del Imperio Otomano de formar parte de él para sobrevivir a la contemporaneidad a través de un reformismo gradualista del estado o arriesgarse a afrontar un cambio virulento que acabase con todas las bases del poder y de la sociedad turca.

Finalmente se optó por la primera opción, aunque ello comportó importantes respuestas políticas reaccionarias de las viejas élites, los ulemas y los jenízanos, frente a los sultanes y los visires partidarios de la modernización del estado, protagonizando ambos conflictos sociales, económicos y sobre todo étnicos con la llegada de los siglos XIX y XX, donde se sucederían las prácticas genocidas como consecuencia de la radicalidad religiosa musulmana y cristiana coincidente con los procesos de independencia de las regiones Balcánicas y de otras antiguas provincias del imperio.

Es un cúmulo de causalidades las que propician la llegada de un siglo XIX tan impetuoso, con lo que no nos podemos limitar a simplificar y etiquetar al estado turco de genocida, se trata de un choque cultural entre un mundo que no estaba experimentando los cambios de mentalidad que se estaban gestando en Europa occidental, en la que ya se había producido la Revolución Francesa, introduciendo ideas nuevas como la libertad del individuo, de expresión y asociación junto a las demandas de derechos como el sufragio universal masculino o el censitario como alternativa moderada. Estos ideales evidentemente eran revolucionarios para el mundo islámico más tradicionalista y cuya estructura social no había experimentado cambios significativos que afectaran de raíz a la base, pues la aplicación de estas políticas iba contra la palabra de Mahoma, pero ese reaccionismo no se limitó al Imperio Otomano, pues cabe recordar que en siglo XIX, el absolutismo monárquico europeo tuvo actitudes similares al mundo islámico frente a las ideas ilustradas que eran concebidas de igual manera como revolucionarias, alterando el orden y las relaciones sociales vigentes. Es decir, en estos estados cristianos observamos que las minorías que son reprimidas son los liberales o ilustrados y en el sultanato osmanlí las mismas adquieren una caracterización étnica-religiosa cristiana o de cualquier otra

índole, pero no dejan de demandar de la misma forma que los otros, libertades y que se reconozcan la posibilidad de ejercer unos derechos fundamentales, pues las ideas también viajan; se comercializan hasta llegar al imperio turco (y a su vez hasta las clases políticas de la sociedad osmanlí, que asumieron dichos ideales), que no dejaba de ser un estado mediterráneo, lo que inevitablemente hacía de su vasto territorio la imposibilidad de sostener un aislacionismo prolongado en el tiempo, omitiendo que fuera voluntad de Osman II y Mahmud I acabar con esa praxis política para iniciar un aperturismo que llegaría para quedarse.

No es tanto que el Imperio Otomano quisiera poner fin al aislacionismo, sino que trataba de suavizar los efectos de la globalización, porque dicho ente político fue consciente de que era inminente a largo plazo.

BIBLIOGRAFÍA

Libros:

- ABOU-AL HAJ, Rifa'at, *Formation of the Modern State: The Ottoman Empire Sixteenth to Eighteenth Centuries*, Albany: Suny Press, 1991.
- AHSAN, Virginia H, *Ottomans and Europeans: Contacts and Conflicts*, Isis, 2004.
- ALLOUCHE, Adel, *The Origins and Development of the Ottoman-Safavid Conflict (906-960/1500-1555)*, Berlin: Klaus Schwarz Verlag, 1983.
- BUNES IBARRA, Miguel Ángel, *El imperio otomano (1451-1807)*, ed. Síntesis, Madrid, 2015.
- EXTREMERA EXTREMERA, Miguel Ángel, *La civilización otomana (1300-1800)*, Madrid, 2020.
- FAROQHI, Suraiya; MCGOWAN, Bruce; QUATAERT, Donald and PAMUK, Sevket, *An Economic and Social History of the Ottoman Empire (1600-1914)*, Vol. 2, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
- GOODWIN, Jason, *Los Señores del Horizonte: Una Historia del Imperio Otomano*, ed. Alianza. Madrid, 2004.
- GUSTAVE E. Von Grunebaum, *El Islam II. Desde la caída de Constantinopla hasta nuestros días*, ed. Siglo XXI de España Editores S.A, 1979.
- MANTRAN, Robert, *L'Empire ottoman du XVIe au XVIIIe siècle: Administration, économie, société*, ed. Routledge, 1984.
- ROGER, Antonio, *El IMPERIO OTOMANO*, ed. Atlas, 1943.
- KITSIKIS, Dimitri, *L'Empire ottoman*, 1re édition, Presses Universitaires de France, Paris, 1994.

Recursos digitales:

- <https://archive.org/details/arau-r.-el-imperio-turco-ocr-1985/page/4/mode/2up>
- <https://www.nationalgeographic.es/historia/2019/12/auge-y-caida-del-imperio-otomano>
- [IMPERIO OTOMANO | Historia, origen, ubicación, organización y aportes \(historiando.org\)](https://historiando.org/IMPERIO OTOMANO | Historia, origen, ubicación, organización y aportes (historiando.org))

Documentales:

- <https://www.bing.com/videos/search?q=el+imperio+otomano&refig>
- <https://www.bing.com/videos/search?q=el+imperio+otomano&ru>

